

Los orígenes de doña Gertrudis Pino y Peña. Migración, redes y acreditación de nobleza en la gobernación de Popayán a finales de la Colonia

Santiago Paredes Cisneros¹

Resumen: este artículo plantea que la migración interna en la gobernación de Popayán fue una estrategia empleada por familias que durante la Colonia tardía buscaban subsistir y afianzar su nobleza, muchas veces desgastada por ascendencias cuestionadas, objetivo que las llevaba a activar vínculos lejos de sus localidades originarias. Para comprender esas dinámicas, se analiza el entorno de doña Gertrudis Pino y Peña, una enigmática figura de la Popayán del siglo XIX. Sus múltiples orígenes geográficos y sociales —aquí develados— muestran cómo, dado que la valoración sobre la ‘calidad’ de las personas podía variar en función del lugar en el que se viviera y de las redes con las que se interactuara, migrar resultaba útil para apuntalar la nobleza. Así, la relación entre capas sociales altas y territorio en la época, además de reflejar el poder hegemónico de sectores privilegiados (que es como suele concebirse en la historiografía), respondió al trasegar y a la incertidumbre de familias nobles debilitadas.

Palabras clave: gobernación de Popayán, Colonia tardía, nobleza, migración, redes

Introducción

Doña Gertrudis Pino y Peña, nacida a comienzos del siglo XIX, es casi una figura mítica entre sus descendientes y muchos de quienes se han interesado en genealogías de la antigua gobernación de Popayán. El magnetismo de su figura radica en que, a pesar de que sus orígenes han permanecido en la penumbra,² en gran parte porque las huellas documentales que dejó son aparentemente escasas, engendró con hombres prominentes a sus dos hijos, don Simón Hurtado Pino y doña Carmen Pino, personajes relevantes en el panorama social y económico de la ciudad de Popayán durante el siglo XIX y comienzos del XX.³

A partir del análisis cualitativo de protocolos notariales, documentación eclesiástica y otros materiales producidos en Popayán, Cartago, Cali (gobernación de Popayán), Nóvita y Tadó (provincia del Chocó) en los siglos XVIII y XIX, así como de estudios genealógicos, es posible saber que doña Gertrudis no fue ajena a la sociedad de la ciudad de Popayán, en cuyo marco concibió a sus hijos, y que la aparente escasez de registros suyos en los archivos

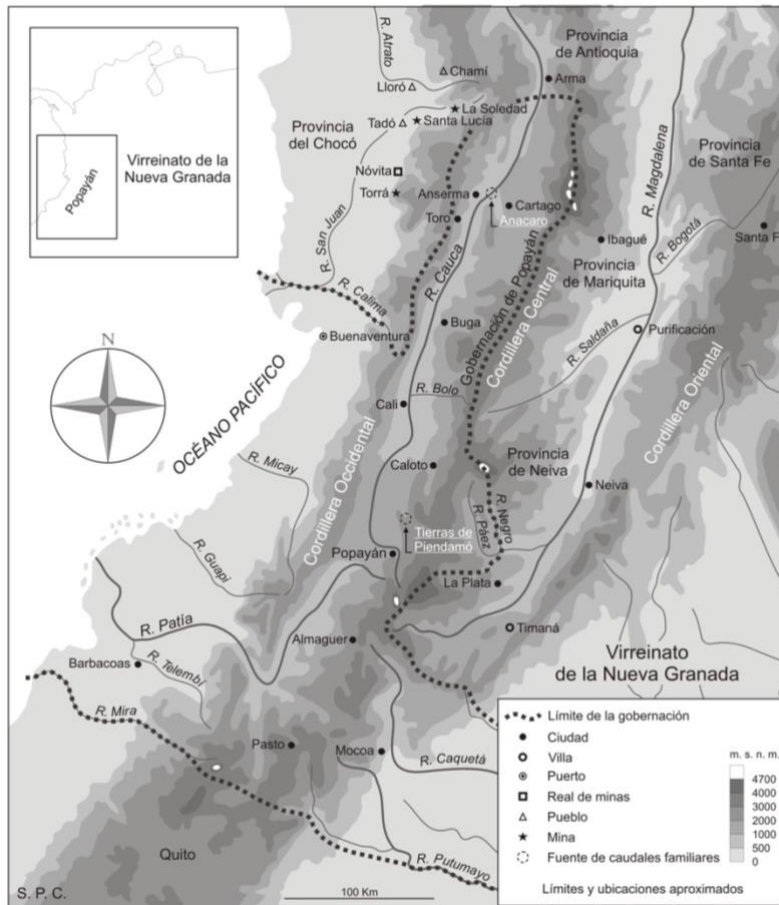
¹ Arquitecto, Magíster en Historia y Teoría del Arte y la Arquitectura (Universidad Nacional de Colombia), y Doctor en Historia (Universidad de los Andes, Colombia). Investigador independiente, traductor y editor. Agradezco a Martha Lux, Jaime Borja y Germán Mejía por sus valiosas observaciones que, en diferentes etapas del proceso de escritura, contribuyeron a fortalecer el artículo.

² Hasta ahora, el hallazgo más significativo sobre doña Gertrudis corresponde a los nombres de sus padres, reseñados en Juan José Saavedra, *La demolición de las estatuas*, Feriva, Cali, 2003, p. 28.

³ Tuvo a don Simón con don Vicente Hurtado y Mosquera; a doña Carmen, con don Manuel María Mallarino Ibarquén. Archivo Histórico de la Arquidiócesis de Bogotá, parroquia de Nuestra Señora de las Nieves, libro de defunciones n.º 7, f. 105, n.º 345 (1925); Miguel Wenceslao Quintero Guzmán, *Linajes del Cauca Grande. Fuentes para la historia*, 3 vols., Ediciones Uniandes, Bogotá, 2006, t. I, p. 383. Ambos nacieron en Popayán y fueron hijos ‘naturales’. La preeminencia de esta familia aparece sintetizada en dos obituarios escritos con motivo de la muerte de doña Carmen: Guillermo Valencia, “Carmen P. de Pardo”, *Popayán. Revista Histórica y Científica*, año XII, n.º 150, junio de 1932, pp. 229-230; Arcesio Aragón, “In memoriam”, *Popayán. Revista Histórica y Científica*, año XII, n.º 150, junio de 1932, p. 230.

responde, en gran parte, a que los documentos que permiten reconstruir sus orígenes están en otras tantas poblaciones con las que su familia interactuó. A grandes rasgos, la familia materna de doña Gertrudis, los de la Peña y Velasco, estuvo inicialmente asentada en la ciudad de Popayán, pero, a comienzos del siglo XIX, se trasladó a Cartago, ciudad en la que ella nació y de donde era originaria parte de su familia paterna, los Álvarez del Pino y Martínez de Caso, también vinculada con la región minera del Chocó (mapa 1). Doña Gertrudis se avecindó en Popayán en la década de 1820.

Mapa 1. Gobernación de Popayán en la Colonia tardía
Poblaciones y posesiones relacionadas con la familia de doña Gertrudis



Fuentes: Instituto Geográfico Agustín Codazzi, *Atlas básico de Colombia*, Instituto Geográfico Agustín Codazzi, Bogotá, 1996, p. 30; Instituto Geográfico Agustín Codazzi, departamento del Chocó, 2017, https://geoportal.igac.gov.co/sites/geoportal.igac.gov.co/files/geoportal/fisico_politicos/2017/CHOCO.pdf [base cartográfica]. Joaquín García Borrero, *Neiva en el siglo XVII*, Editorial ABC, Bogotá, 1939, pp. XXII-XXIII; Marta Herrera Ángel, *Popayán: la unidad de lo diverso. Territorio, población y poblamiento en la provincia de Popayán, siglo XVIII*, Ediciones Uniandes, Bogotá, 2009, p. 7, mapa 1 [límites provinciales]. Archivo Histórico Eclesiástico de la Arquidiócesis de Popayán, legajo 519, n.º de orden 13538/13558, s. p.; Archivo General de la Nación, Colonia, *Curas y Obispos* 21, legajo 38, documento 1, ff. 33r-40r, 45r-47v [ubicación de minas]. Elaboración propia.

Las principales evidencias sobre la conexión de doña Gertrudis con distintas poblaciones de la gobernación de Popayán y el Chocó surgen de dos capellanías fundadas por parientes suyos, las cuales motivaron el traslado de su familia materna a Cartago y apuntalaron allí el

sustento de las personas que integraban ese núcleo, así como los vínculos que establecieron con la nobleza local, en un momento en el que los de la Peña y Velasco buscaban mejorar su posición.⁴ Después de vivir allí durante unos doce años, la familia volvió a Popayán, donde se asentó definitivamente. Como puede verse, esta familia tuvo una vida itinerante.

Los estudios sobre movilidad en el virreinato de la Nueva Granada, al que estaban sujetas la gobernación de Popayán y la provincia del Chocó durante el período analizado, se han centrado, además de los abundantes trabajos sobre viajes asociados con la Expedición Botánica (1783-1810), en la circulación de libros, imágenes, correos y mercancías.⁵ Aun así, no ha prevalecido el análisis de desplazamientos de familias dentro de dichos territorios, ni estos suelen ser considerados origen de movimientos migratorios. Si bien suele resaltarse la gran capacidad que durante la Colonia tuvieron los integrantes de las capas sociales altas de la gobernación de Popayán y el Chocó para articular y controlar distintos lugares en ambas jurisdicciones en virtud de sus vínculos familiares,⁶ han sido poco exploradas, por ejemplo, las travesías que esos individuos debían emprender para velar por sus intereses. Incidir sobre un lugar distinto al del propio origen en muchos casos acarrea la activación de redes personales, familiares y profesionales, escasamente estudiadas, cuyo análisis permite observar a las personas más allá de su estricta vinculación con ámbitos geográficos y posiciones sociales específicos.⁷ Por otro lado, tiende a atribuirse cierta homogeneidad a los

⁴ La capellanía fue una fundación piadosa establecida a perpetuidad que consistía básicamente en que su fundador legaba un capital (principal), representado en metálico o en bienes muebles e inmuebles, que debía generar una renta anual al servicio de un capellán encargado de celebrar determinado número de misas, por lo general a favor del alma del fundador y sus parientes. Los capellanes usaban los réditos para sufragar los gastos de su educación laica o clerical. El principal podía ser entregado a censo (préstamo a interés), a cambio de lo cual el prestatario ponía como garantía un bien raíz de su propiedad.

⁵ Por ejemplo, Renán Silva, *Los ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*, Banco de la República / Fondo Editorial Universidad EAFIT, Medellín, 2002, pp. 215-277; María Cristina Pérez Pérez, *Circulación de imágenes religiosas en el Nuevo Reino de Granada, siglos XVI-XVIII*, Ediciones Uniandes, Bogotá, 2016; Nelson Fernando González Martínez, “‘Allí donde no hubiere Correos Mayores’: la circulación de correspondencia en el Nuevo Reino de Granada (1680-1764)”, Nelson Fernando González Martínez, Ricardo Uribe y Diana Bonnett Vélez (eds.), *Comunicación, objetos y mercancías en el Nuevo Reino de Granada Estudios de producción y circulación*, Ediciones Uniandes, 2017, pp. 13-58; James Vladimir Torres Moreno, “Entre el oro y la plata: Quito, el suroccidente de la Nueva Granada y el movimiento de mercancías norandino a fines del siglo XVIII”, *Colonial Latin American Review* 27 (1), 2018, pp. 114-139, doi: <https://doi.org/10.1080/10609164.2018.1448540>

⁶ Peter Marzahl, *Town in the Empire. Government, Politics, and Society in Seventeenth-Century Popayán*, University of Texas Press, Austin, 1978, pp. 9-10; Germán Colmenares, *Cali: terratenientes, mineros y comerciantes*, Universidad del Valle, Cali, 1975, p. 125; Germán Colmenares, *Historia económica y social de Colombia II. Popayán, una sociedad esclavista*, Tercer Mundo Editores / Universidad del Valle / Colciencias / Banco de la República, Bogotá, 1997 [1979], pp. 121-129; Marta Herrera Ángel, *Popayán: la unidad de lo diverso. Territorio, población y poblamiento en la provincia de Popayán, siglo XVIII*, Ediciones Uniandes, Bogotá, 2009, p. 158.

⁷ En los pocos estudios de los que han sido objeto, se ha resaltado su papel en la configuración del poder político y económico. Véanse Daniel Gutiérrez Ardila, “Una provincia contra su gobernador. La pugna de los vecinos de Nóvita contra el capitán Juan de Aguirre (1809-1810)”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea], 2010, doi: <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.59707>; Lina Constanza Díaz Boada, “Alianzas de poder en una región histórica: el caso de la élite pamplonesa en el Virreinato de la Nueva Granada, 1795-1808”, *Historelo. Revista de Historia Regional y Local* 8 (15), 2016, pp. 90-128, doi: <http://dx.doi.org/10.15446/historelo.v8n15.48739>; Laura Olivia Machuca Gallegos, “Entre Yucatán y Nueva Granada: dos espacios conectados por Benito Pérez Valdelomar, 1811-1813”, *Historia Crítica* 70, 2018, pp. 87-107, doi: <https://doi.org/10.7440/histcrit70.2018.05>

círculos altos de la sociedad criolla. Quizá, por ello han sido pocos los interesados en estudiar la evolución de la nobleza en territorios de la órbita jurisdiccional neogranadina.⁸

El tipo de nobleza abordada en este artículo se sustentó en la configuración del estatus mediante la apelación a los méritos y los servicios de los antepasados, que se transformaban en un “estatus familiar heredado” transmitido mediante la sangre y constituían la base para obtener privilegios y oficios públicos, a su vez incluidos en el repertorio genealógico de las familias criollas nobles. Ese fue el marco en el que operó la nobleza en los territorios estudiados.⁹ En gran parte, esa nobleza se derivó de concesiones hechas a los conquistadores, las cuales, respaldadas por legislación castellana anterior y posterior a la Conquista, los dotaron de hidalguía.¹⁰ Si bien se moldeó a semejanza de la nobleza peninsular, la de Indias tuvo una dinámica propia.¹¹

En la primera parte del artículo, la tarea de develar en clave genealógica los orígenes de doña Gertrudis permite ver que ella no era extraña a la sociedad de Popayán, ciudad en la que vivió la mayor parte de su vida. Ese ejercicio aporta elementos cruciales para dimensionar cómo, en la configuración de su núcleo familiar inmediato, se articularon diferentes capas sociales, poblados y jurisdicciones. En la segunda parte se abordarán distintas situaciones que motivaron el nacimiento de doña Gertrudis en la ciudad de Cartago. Aquí se propone que las relaciones establecidas en Cartago por los entornos familiares de sus padres, en buena medida suscitadas por las dos capellanías mencionadas (una de ellas fincada en el paso real de Anacaro, en jurisdicción de esa ciudad), se dieron en términos de afecto y solidaridad, pero también a través de lazos que contribuyeron a apuntalar la nobleza de la familia materna de

⁸ Entre ellos, Jaime Jaramillo Uribe, “Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVIII”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 3, 1965, pp. 21-48; William Jaramillo Mejía (dir.), *Real Colegio Mayor y Seminario de San Bartolomé. Nobleza e hidalguía. Colegiales de 1605 a 1820*, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Bogotá, 1996; Christian Büschges, “La nobleza de Quito a finales del período colonial (1765-1810): bases jurídicas y mentalidad social”, *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia* 1 (10), 1997, pp. 43-61, doi: <https://doi.org/10.29078/rp.v1i10.378>; Margarita Garrido, “Estudio introductorio”, Miguel Wenceslao Quintero Guzmán, *Linajes del Cauca Grande. Fuentes para la historia*, 3 vols., Ediciones Uniandes, Bogotá, 2006, t. I, pp. XXIII-XLVIII; María Teresa Ripoll Echavarría, “La nobleza dieciochesca en el Caribe neogranadino”, *Boletín de Historia y Antigüedades* 109 (875), 2022, 17-51; Javier Ricardo Ardila Gutiérrez, Daniel Gutiérrez Ardila y James Vladimir Torres (eds.), *Nobleza e Ilustración: Nuevo Reino de Granada, 1719-1819*, Ediciones Uniandes, Bogotá, 2024 [en prensa].

⁹ Margarita Garrido, “Estudio introductorio”, pp. XXVIII, XXXII-XXXIII.

¹⁰ Luis Lira Montt, “Los beneméritos de Indias y la gestación de la nobleza en América”, *Hidalguía* 268-269, 1998, pp. 499, 504-505, 510-511. Sin desconocer la especificidad de las expresiones ‘nobleza’ e ‘hidalguía’ (entendidas, respectivamente, como preeminencia social y nobleza transmitida por la sangre), se empleará la palabra ‘nobleza’ para aludir a una condición de excelencia hereditaria, pues fue ese el uso predominante en la gobernación de Popayán y la provincia del Chocó, aunque se acudirá al término ‘hidalguía’ cuando haya lugar. No sobra indicar que distintas noblezas que comenzaron como grupos privilegiados, entre ellas varias de origen militar, se perpetuaron mediante la configuración de linajes, sobre lo cual hay ejemplos en Marc Bloch, *La sociedad feudal*, traducción de Eduardo Ripoll Perelló, Akal, Madrid, 2017 [1968], pp. 306-312, 340-347.

¹¹ Aunque giraron en torno a una misma aspiración (honor y virtudes morales transmitidos por la sangre), hubo diferencias, comenzando por los mecanismos mediante los cuales esas noblezas se constituían en grupos privilegiados. Una de las principales formas de distinción en la península, desde la Baja Edad Media, fue la establecida entre la nobleza y quienes estaban sujetos a ‘pechos’, contribución que las personas del estado llano debían pagar a la Corona, con las cuales, además, los nobles debían repartirse cargos municipales. Luis Lira Montt, “La prueba de hidalguía en el derecho indiano”, *Hidalguía* 140, 1977, pp. 133-134. En Indias, donde no hubo ‘pechos’ ni reparto de cargos, predominó la diferenciación étnica, moral y religiosa frente a indígenas, pobladores de origen africano y mestizos. Margarita Garrido, “Estudio introductorio”, pp. XXV-XXVIII.

doña Gertrudis, los de la Peña y Velasco, quienes en la ciudad de Popayán no eran tenidos unánimemente por nobles. En la tercera parte se explica cómo, en la década de 1820, agotadas las posibilidades en Cartago, los de la Peña y Velasco, con doña Gertrudis incluida, terminaron avocindándose en Popayán, donde, además, debían atender un litigio en torno a las tierras de Piendamó, propiedad que la familia tenía en jurisdicción de esta ciudad. En ese entonces, la familia logró acreditar su nobleza ante autoridades judiciales.

Se concluye que las redes en las que estaban incorporados esos entornos permitían a las personas migrar adonde hubiera parientes, rentas y posesiones, y, de ese modo, sobrellevar épocas de crisis y apuntalar su nobleza. Así, la conexión entre capas sociales altas y territorio, además de reflejar el poder hegemónico de sectores privilegiados, respondió al trasegar y a la incertidumbre de familias nobles debilitadas que probaban suerte lejos de sus lugares de origen.

Los orígenes en Popayán, Cartago y el Chocó

El modo en el que interactuaron las familias de las que procede doña Gertrudis es clave para entender la movilidad geográfica que caracterizó a su círculo inmediato. Si los orígenes geográficos de esas familias fueron variados, las calidades de sus integrantes tampoco fueron uniformes, pues entre ellos hubo personas carentes de atributos nobles y gente dotada de nobleza, término sobre el cual conviene hacer algunas precisiones.

De forma predominante, los nobles en el virreinato de la Nueva Granada eran quienes descendían (o estaban emparentados con descendientes) de los conquistadores y primeros pobladores (los ‘beneméritos’), de lo cual obtenían mercedes, oficios y privilegios, así que los hombres podían ocupar cargos seculares, eclesiásticos y militares. Si bien no todos eran acaudalados, algunos procuraban desarrollar actividades que generaran riqueza, como el comercio y la minería.¹² La nobleza estaba también atada a cualidades que, según se creía, eran transmitidas por la sangre, como la piedad, el honor y los méritos, y la blancura y la limpieza de sangre (proceder de ‘cristianos viejos’ y estar exento de sangre mestiza), así como haber nacido de una unión legítima, fueron claves para evaluarla. Los distintivos ‘don’ y ‘doña’, que también cobijaban a la nobleza indígena, designaban a quienes reunían dichas características. Mediante esas convenciones, legitimadas por la ley y la costumbre, los nobles se constituían en un grupo superior con respecto al resto de la sociedad, que no estaba exento de conflictos ni fisuras. Además de una posición, la nobleza era una ‘calidad’, categoría en la que confluían estatus individual, origen socio-racial y comportamientos asociados con el ámbito al que se pertenecía, la cual servía como autoidentificación y como parámetro para

¹² En Indias, a diferencia de lo que sucedió en la península, fue habitual que la nobleza desarrollara actividades comerciales, pues no existían rentas hereditarias ni señoríos que garantizaran un alto nivel de vida. Christian Büschges, “Nobleza y estructura estamental entre concepto y realidad social. El caso de la Ciudad de Quito y su región (1765-1810)”, *Anuario de Historia de América Latina* 33, 1996, pp. 180-182. Desde finales del siglo XVIII, el trabajo manual y mecánico, como el asociado con el comercio y la minería, fue ennoblecido, como medida para promover la industria y el crecimiento económico del imperio, por lo cual muchos nobles ejercían esas actividades sin que su posición se viera menoscabada. Luis Lira Montt, “Privilegio de nobleza a la profesión de la minería en Indias”, *Hidalguía* 124, 1974, pp. 311-312; Luis Lira Montt, “La nobleza y el comercio en Indias”, *Hidalguía* 292-293, 2002, pp. 600-601.

catalogar a los demás.¹³ La calidad noble no era permanente, sino que tenía que ser preservada y reafirmada en la práctica, mediante las actuaciones cotidianas, la buena reputación moral y el reconocimiento de otros.¹⁴ Finalmente, por los privilegios que acarreaba, la nobleza era, a la vez, un ideal y la aspiración de alcanzarlo.

Hubo también personas investidas de lo que podría denominarse credenciales de nobleza, distinciones de origen antiguo en la península y que, en Indias, desde la incorporación de estos dominios a la Corona, fueron pretendidas fundamentalmente por criollos o por individuos nacidos en los reinos peninsulares y residentes en América (estos últimos, en ocasiones, las traían consigo al cruzar el Atlántico): títulos nobiliarios otorgados como reconocimiento de méritos familiares, de servicios militares o administrativos, o a cambio de contribuciones monetarias, varios de ellos perpetuos y transmisibles; hábitos de caballero de órdenes religioso-militares (concedidos a hombres, por lo general como premio a sus méritos militares o a los de sus antepasados); documentos judiciales, entre los que cabe destacar las ejecutorias de hidalguía, que, por tener fuerza de cosa juzgada, garantizaban como ningún otro instrumento la nobleza (en este caso, ‘en propiedad’) de sus beneficiarios, la cual se volvía indisputable.¹⁵ Aparte de las ventajas de las que solían gozar los agraciados con algún título, estas credenciales no necesariamente traían consigo ascenso social ni riquezas.¹⁶ Eso sí, garantizaban las prerrogativas asociadas con la nobleza.¹⁷

¹³ La ‘calidad’ condensaba de forma elástica varios atributos, entre los que estaban el origen étnico, la lengua, la religión, el atuendo, el lugar de residencia, los derechos y las obligaciones, y, en algunos casos, la fisonomía y el color. Para el siglo XVIII, a raíz del aumento de la población mestiza libre y de que los pobladores de origen español buscaban preservar su blancura, la clasificación basada en el color se intensificó, pero interactuaba con otros parámetros, como la calidad, la ocupación y el lugar de residencia. Joanne Rappaport, *El mestizo evanescente. Configuración de la diferencia en el Nuevo Reino de Granada*, traducción de Santiago Paredes Cisneros, Editorial Universidad del Rosario, Bogotá, 2018 [2014], pp. 1-35, 274-278.

¹⁴ Margarita Garrido, “Estudio introductorio”, pp. XXIX-XXXI.

¹⁵ Al menos, desde la Baja Edad Media, en los distintos procedimientos jurídicos que podían surtirse afloraban la ‘hidalguía en posesión’ y la ‘hidalguía en propiedad’: la primera era la condición de quienes en sus lugares de residencia eran tenidos por nobles de forma pacífica y sin contradicción; la segunda ratificaba la nobleza como resultado de procesos atendidos exclusivamente por las reales chancillerías de Valladolid y Granada, cuyo resultado favorable era la ‘carta ejecutoria’. La ‘posesión’ de hidalguía constituía un hecho, mientras que, mediante la atribución de ‘propiedad’, la hidalguía adquiría un estatus de derecho. Otros parámetros en juego fueron la ‘hidalguía de sangre’ (la de quienes podían acreditar su hidalguía a lo largo de tres generaciones) y la ‘hidalguía de privilegio’ (la de individuos ennoblecidos por la Corona en virtud de sus servicios, que podía cobijar a la descendencia masculina de los agraciados). Sus regímenes podían invertirse, pues la primera a veces debía ser ratificada por autoridades y la segunda era susceptible de volverse hereditaria. Un panorama de estos elementos puede encontrarse en Luis Lira Montt, “La prueba de hidalguía”, pp. 131-132, 148-150.

¹⁶ Los beneficiarios de títulos gozaban de preminencia. Por ejemplo, en los reinos peninsulares de la modernidad, la alta nobleza (compuesta por grandezas y títulos nobiliarios) se diferenciaba, por sus privilegios, del resto de nobles (los que hacían parte de grupos de poder urbanos y los que simplemente eran hidalgos). Aun así, el peso y el lustre de un noble o de un linaje estribaban, más que todo, en la riqueza, el poder y la capacidad de influencia que tuvieran en un momento dado. Enrique Soria Mesa, *La nobleza en la España moderna. Cambio y continuidad*, Marcial Pons, Madrid, 2007, pp. 37-74.

¹⁷ La nobleza peninsular, cuyas características variaron en el tiempo y el espacio, gozó de varias prerrogativas, entre las cuales cabe destacar la facultad para ejercer de modo preferente oficios públicos y militares, la concesión de exenciones tributarias, y, bajo determinadas circunstancias, la garantía de inmunidad penal (por ejemplo, los nobles no podían ser apresados por deudas, ni sus bienes eran embargables). De estos privilegios, en Indias solamente se observaron los relativos a los cargos y a lo criminal.

Si bien en la gobernación de Popayán y el Chocó no fueron tan frecuentes (en especial, los títulos se destacan por su escasez),¹⁸ no debe perderse de vista que, cuando entraban en escena, esas credenciales cumplían un importante papel, pues los vínculos con la nobleza peninsular afianzaban el honor de los nobles en Indias y, por esa vía, promovían la obtención de privilegios, cargos y mercedes.¹⁹ Es fácil incluso imaginar el alto valor simbólico de esas credenciales en América, derivado de que títulos, hábitos y documentos acreditativos de hidalguía emanaban del lugar en el que primordialmente estaba asentada la justicia real y donde residía la persona regia misma. En Indias existió también un interés en torno a la acreditación de la nobleza a través de vías jurídicas locales. Muestra de ello es la profusión de instrumentos como informaciones de hidalguía y probanzas de méritos y servicios. También, que existía la posibilidad de tramitar amparos de nobleza ‘en posesión’ ante audiencias americanas, las cuales, si bien no tenían potestad para declarar la nobleza ‘en propiedad’, sí podían proteger la reputación noble del interesado.²⁰

Por lo que respecta a las genealogías aquí estudiadas, no parece que entre la nobleza acreditada en la península y la nobleza de Conquista hubiera habido diferencias jerárquicas. Más bien, se apuntalaron mutuamente, como ocurrió en otros casos.²¹ Aunque en el ámbito payanés tal afinidad es un terreno aún por explorar, es clave considerar que el mérito y la contraprestación servicio-recompensa fueron pilares de ambas noblezas desde sus orígenes,²² y que cada una, según sus propios mecanismos y circunstancias históricas, debía ser ratificada constantemente mediante la aceptación pública. Además, era difícil que alguna se impusiera, pues la nobleza tenía las puertas entreabiertas, especialmente debido a la permeabilidad de pautas como la ascendencia noble ininterrumpida y la limpieza de sangre: por un lado, la sangre fue un requisito hasta cierto punto transable en la península (por ejemplo, desde la Baja Edad Media, varios judeoconversos o descendientes de estos se hicieron nobles) y, desde comienzos del siglo XVII, cuando aumentó la concesión de títulos a cambio de dinero, la sangre había dejado de ser la única ruta hacia la nobleza;²³ por otro, los debates en Indias en torno a la sangre llevaron a redefinir desde temprano el perfil de la nobleza local, en la que se dio cabida a descendientes mestizos de conquistadores y a los caciques.²⁴ Por último, los nobles que tenían credenciales peninsulares, muchos de los cuales eran aliados, parientes o descendientes de quienes gozaban de prerrogativas derivadas de la Conquista, rara vez habían vivido al margen de familias configuradas en torno al honor de los beneméritos.

Si doña Gertrudis Pino y Peña vivió en Popayán en el siglo XIX, el rastro de las familias nobles y de estado llano de las que desciende debe comenzar a buscarse allí. En esa ciudad,

¹⁸ Un repaso por la amplia y detallada obra de Miguel Wenceslao Quintero Guzmán permite ver que no fueron abundantes.

¹⁹ Luis Lira Montt, “La prueba de hidalguía”, pp. 135-136.

²⁰ Luis Lira Montt, “La prueba de hidalguía”, pp. 148-149.

²¹ En Quito, por ejemplo, no hubo jerarquización entre nobles “simples” y nobles titulados durante la Colonia tardía. Christian Büschges, “La nobleza de Quito”, p. 53.

²² María Concepción Quintanilla Raso, “La nobleza señorial en el reinado de Alfonso X. Constitución y representación”, *Alcanate. Revista de Estudios Alfonsíes* IX, 2014-2015, pp. 141-143; Luis Lira Montt, “Los beneméritos de Indias”, p. 500.

²³ María del Mar Felices de la Fuente, “Recompensar servicios con honores: el crecimiento de la nobleza titulada en los reinados de Felipe IV y Carlos II”, *Studia Historica. Historia Moderna* 35, 2013, pp. 409-435, doi: <http://dx.doi.org/10.14201/shhmo201335409435>

²⁴ Joanne Rappaport, *El mestizo evanescente*, pp. 165-209.

en 1825, la señora María Josefa de la Peña escrituró un poder para que en Nóvita se cobraran “dos mil y mas p[eso]s” de la mortuoria de su marido, llamado José María Álvarez del Pino.²⁵ El hecho de que esta era la madre de doña Gertrudis queda en evidencia al contrastar otras dos escrituras: ambas mujeres firmaron poderes (la madre en 1822 y la hija en 1836) relacionados con la venta de un esclavo de su propiedad.²⁶ A partir de esa constatación, queda claro que los nombres de los padres de doña Gertrudis eran María Josefa de la Peña y José María Álvarez del Pino. Los testimonios recopilados por Juan José Saavedra durante el siglo XX apuntan en la dirección comentada, pues él supo que esas personas se llamaban así.²⁷

Tanto en la transacción relacionada con el esclavo como en otras que también tuvieron lugar en Popayán, doña Gertrudis firmó como ‘Gertrudis Pino y Peña’, mientras que en otros documentos figura identificada como ‘Gertrudis Peña’. Como se explicará más adelante, era la misma persona, que usaba ambas fórmulas como apellido, según el contexto. Así, y como se demostrará a lo largo del artículo, la Gertrudis Pino y Peña avecindada en Popayán a comienzos del siglo XIX era hija de doña María Josefa de la Peña y don José María Álvarez del Pino, y usaba alternativamente los apellidos ‘Pino y Peña’ y ‘Peña’.

Para ahondar en la relación de doña Gertrudis con sus padres debe acudir a documentación producida en una ciudad donde abundaban los Álvarez del Pino y en la que confluían familias del Chocó y de la ciudad de Popayán: Cartago. Allí quedó asentada la partida de bautismo de María Gertrudis Pino y Peña, hija legítima de don José María Álvarez del Pino y doña María Josefa Peña. Fue bautizada en la iglesia de San Jorge el 16 de noviembre de 1809 y tuvo por padrinos a don Francisco María de Cerezo y a doña Francisca de Igual y Mosquera.²⁸ Sus padres se habían casado hacía poco, en la misma ciudad, el 20 de julio de 1807, y tuvieron por padrinos a don Antonio Marlez y Velasco y doña Leonor Díaz de Lucena y Marlez, según reza la respectiva partida.²⁹

²⁵ Archivo Central del Cauca (ACC, en adelante), *Notaría 1ª, Popayán*, t. 79, 1824-1825 (1825 [4]), f. 173r. En la época, ‘peso’ fue la denominación oficial para la moneda de plata estándar, llamada coloquialmente ‘patacón’. Aquí se usan ambas expresiones, según como figuren en los documentos.

²⁶ ACC, *Notaría 1ª, Popayán*, t. 78, 1819-1823 (1822 [1]), ff. 20v-21r; ACC, *Notaría 1ª, Popayán*, t. 87, 1836 (2), ff. 1r-1v. En 1822, doña María Josefa encomendó a un vecino de Buga vender o liberar al esclavo Isidro. Como el encargado no cumplió su compromiso, doña Gertrudis le reclamó el valor del esclavo en 1836.

²⁷ Juan José Saavedra, *La demolición de las estatuas*, p. 28.

²⁸ Cartago, parroquia de San Jorge, libro de bautismos, 1807-1812, f. 68v. En la partida no figuran día de nacimiento ni abuelos. En su *Diccionario*, el historiador Gustavo Arboleda registró a doña Gertrudis (reseñada en la línea de uno de sus antepasados maternos payaneses), aludió a su nacimiento en Cartago y proporcionó los nombres de sus padres. Sin embargo, Arboleda no desarrolló la conexión con los Álvarez del Pino, ni indicó que doña Gertrudis se había trasladado a Popayán, ni tampoco mencionó la descendencia que ella dejó en esta ciudad. Además, en la amplia entrada que dedicó a don Simón Hurtado, hijo ‘natural’ de doña Gertrudis y contemporáneo del mismo Arboleda, omitió asociarlo con su madre. Gustavo Arboleda, *Diccionario biográfico y genealógico del antiguo departamento del Cauca*, Biblioteca Horizontes, Bogotá, 1962 [1910], pp. 215-216, 462. Tales vacíos sorprenden si se considera que Arboleda era nieto materno de doña Leticia Lindo Peña, prima hermana de doña Gertrudis. Las omisiones podrían responder a que, a comienzos del siglo XX, cuando se publicó el *Diccionario*, quizá fuera preferible limitar la información sobre vínculos extramatrimoniales e hijos ‘naturales’, que en ese entonces tendían a ser reprochados, en consonancia con el código civil de la Regeneración, según el cual el parentesco legítimo, emanado exclusivamente del matrimonio católico, prevalecía frente a las demás uniones. Al respecto, véase Mauricio Beltrán Cristancho, “Una visión sociológica del derecho de familia en Colombia. Radicalismo - 1945”, *Estudios Socio Jurídicos* 10 (2), 2008, 138-139.

²⁹ En la partida, él aparece como “d[o]n José María Pino” y ella, como “d[o]ña Josefa Peña y Velasco”. Cartago, parroquia de San Jorge, libro de casamientos, 1806-1849, ff. 5v-6r. No figuran los padres de los contrayentes.

Por la época en la que nació doña Gertrudis, en Cartago vivían los Álvarez del Pino y Lozano, hijos de don Juan Matías Álvarez del Pino y Becerra y de su esposa, doña Francisca Lozano Santacruz y Vivas Sedano, familia perteneciente al círculo social más alto de esa ciudad. Sin embargo, el vínculo entre doña Gertrudis y esa familia no aparece a simple vista. Los procedimientos relativos a la venta de Flor de Damas, unas tierras que habían sido de doña Manuela Becerra Aníbal Arcos Cortés y Rada, la madre de don Juan Matías, son clave para esclarecer quiénes fueron los padres de doña Gertrudis.

En la escritura, protocolizada el 31 de octubre de 1809, mediante la cual esas tierras fueron vendidas a don Ignacio Gutiérrez de Celis, vecino de la ciudad de Cartago, don Pedro José Álvarez del Pino y Lozano, por entonces administrador de la propiedad y el único de los hijos de don Juan Matías y doña Francisca que vivía, mencionó cuatro ramas de herederos. Además de él mismo, aparecen descendientes de sus hermanos: hijas de doña Bárbara Manuela del Pino y Lozano, hijos de los dos matrimonios de don Tomás Álvarez del Pino y Lozano, y, finalmente, don José María Pino, representado por doña María Manuela Alonso de Velasco.³⁰

Hay más datos sobre estas últimas dos personas en el expediente. Cuando los interesados fueron notificados sobre las condiciones de la venta, el 11 de agosto de 1809, uno de los escribanos encargados de la diligencia buscó a “d[o]n José María del Pino y // Martínez”, ausente, cuya esposa, doña María Josefa de la Peña, respondió diciendo “que con quien se debía entender esta citacion” era con su madre, doña María Manuela Alonso de Velasco, quien firmó la notificación.³¹ La correspondencia, en términos de nombres, entre los poderes de Popayán, las partidas eclesiásticas y el expediente de Flor de Damas no dejan la menor duda de que es la familia de doña Gertrudis la que aparece en este documento, que ubica en Cartago, poco antes de que ella naciera, a doña María Josefa de la Peña, quien figura como la esposa de don José María Álvarez del Pino, cuyo segundo apellido es Martínez. Mediante las evidencias, abordadas en la siguiente sección, de que doña María Josefa y sus padres (doña María Manuela Alonso de Velasco y don José Joaquín de la Peña y Cobo) estuvieron avecindados tanto en Popayán como en Cartago, dicha constatación cobrará aún más peso.

En una de las diligencias, don José María declaró ser “hijo y hered[er]o de Joseph Alv[arez] del Pino, y tutor y curador de sus menor[e]s herm[ano]s”.³² Si don Pedro José estaba tramitando la venta con descendientes de sus hermanos, entonces don José era hermano suyo. Se trata de don José Álvarez del Pino y Lozano, hijo de don Juan Matías y doña Francisca, pero este vínculo no es evidente en la documentación. A diferencia de lo que ocurre con la mayor parte de los hijos de ese matrimonio, cuyas partidas de bautismo están registradas en libros de la parroquia de San Jorge de Cartago, la de don José no figura allí, ni tampoco la de

Por la época, hubo en Cartago un homónimo del padre de doña Gertrudis: don José María Álvarez del Pino y Salviejo, hijo legítimo de don Vicente Álvarez del Pino y Clavijo y doña María Teresa Salviejo y Bueno, bautizado de dos días en esa ciudad, el 1º de noviembre de 1770. Cartago, parroquia de San Jorge, libro de bautismos, 1755-1779, f. 163r. Murió en 1795, catorce años antes de que doña Gertrudis naciera. Archivo Histórico de Cartago (AHC, en adelante), *Notaría 1ª, Cartago*, t. 39, 1794-1795 (1795), ff. 235v-236v.

³⁰ AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 47, 1809, ff. 58v-59r, 63r, 71r.

³¹ AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 47, 1809, ff. 57v, 62v, 63v-64v.

³² AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 47, 1809, f. 76v.

su hermano Nicolás. Aun así, en el testamento de don Juan Matías, otorgado en Cartago en 1777, don José y don Nicolás figuran como hijos de la pareja.³³

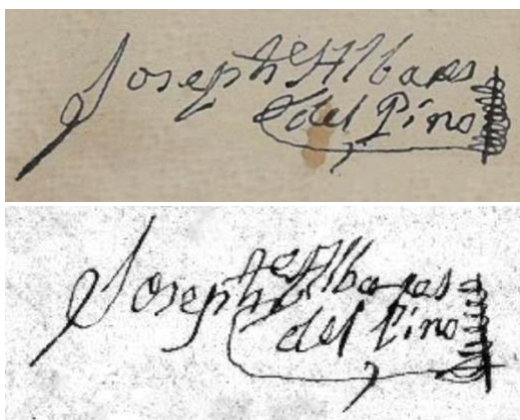
Aparte de unos cuantos protocolos notariales de Cartago en los que aparece, como el que en 1775 se derivó de la venta de un solar en la traza de esa ciudad, que tenía “p[or] donacion que le izo su legitima abuela d[on]ña Manuela Beserra ya difunta”,³⁴ la figuración de don José allí es escasa. Esto se debe, en gran medida, a que se asentó desde joven en el Chocó. En un procedimiento judicial en el que participó como juez y testigo, el mismo don José relató su vida en aquella provincia. El 18 de mayo de 1796, en declaraciones entregadas en Tadó,

“dixo [...] q[u]e es natural de la ciudad de Cartago, de calidad noble, casado y havecindado en el Chocó hace quar[en]ta años, y en este pueblo los ultimos veinte y seis, que es dueño de minas y esclavos, que ha sido corregidor del pueblo de Chamí, en estas provincias, y vicit[ad]or por el gov[er]no de varios pueblos, y de este del Tadó encargado repetidas veces de la administracion de just[icia] en aucencia de los propietarios”.³⁵

Según la declaración, don José se habría instalado al menos desde 1756 en el Chocó. Esto explica por qué figura poco en documentos de Cartago, que, aun así, permiten constatar que el don José Álvarez del Pino que adelantó trámites en esta ciudad y el que lo hizo en el Chocó son la misma persona, pues en ambos escenarios usó su rúbrica, que consistía en un árbol de pino (imagen 1). Información valiosa sobre su edad aflora en una diligencia de índole eclesiástica en la que don José fue interrogado. En su declaración, dada en Tadó el 22 de febrero de 1786, afirmó que era “de edad de cincuenta y ocho años, poco mas ó menos”.³⁶ Es decir, habría nacido alrededor de 1728. Según eso, fue el segundo de los Álvarez del Pino y Lozano, después de doña Isabel, nacida en 1726.³⁷

Imagen 1. Firma de don José Álvarez del Pino y Lozano.

Cartago, 29 de mayo de 1775 (poder redactado en Lloró, Chocó) | Tadó, 17 de octubre de 1795



Fuentes: AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 29, 1774-1775 (1775), f. 219r; AGN, Colonia, *Negros y Esclavos – Cauca* 43, legajo 1, documento 11, f. 686r.

³³ AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 30, 1776-1777 (1777), f. 161r.

³⁴ AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 29, 1774-1775 (1775), ff. 217r-221r.

³⁵ Archivo General de la Nación (AGN, en adelante), Colonia, *Negros y Esclavos – Cauca* 43, legajo 1, documento 11, f. 703r.

³⁶ AGN, Colonia, *Curas y Obispos* 21, legajo 38, documento 1, ff. 37r-37v.

³⁷ Cartago, parroquia de San Jorge, libro de bautismos, 1725-1739, f. 14r.

La madre de don José María figura claramente registrada en un documento elaborado en Tadó. Se trata de un poder otorgado el 22 de febrero de 1799 por doña Juana María Martínez de Caso a su cuñado don Francisco del Pino, para que le recibiera seis esclavos que ella había comprado a vecinos de la ciudad de Cartago. Aquí, aparece como “viuda de d[o]n Josef Albares del Pino”, y, como no sabía firmar, el poder fue suscrito por “d[o]n Josef Maria del Pino, su lex[iti]mo hijo”.³⁸ Doña Juana María, con quien don José tuvo a don José María, don Felipe, don Manuel Celidonio y doña Juana Antonia Álvarez del Pino y Martínez de Caso,³⁹ era hija de don Fernando Martínez de Caso y doña Isabel Murillo y Gómez de la Asprilla, su primera esposa.⁴⁰ Doña Juana María pertenecía a poderosas familias del Chocó.⁴¹

Esta familia no ha sido documentada en textos genealógicos, así que vale la pena ofrecer detalles adicionales. En un documento de 1812, relacionado con la venta de las minas de La Soledad, “avidas p[or] herenzia de sus leg[íti]mos padres” y ubicadas en el entorno de Tadó (mapa 1, antes citado), don José María actuó como tutor de sus hermanos.⁴² Esto sugiere que rondaba los veinticinco años,⁴³ así que habría nacido por 1787, quizá en Cartago.⁴⁴ Mientras tanto, don Felipe y don Manuel Celidonio nacieron, respectivamente, en 1794 y 1797; el primero fue bautizado en la parroquia de San José de Españoles, del curato de Tadó, y el segundo, en Tadó.⁴⁵ No se han encontrado datos sobre el nacimiento de doña Juana Antonia.

Según lo anterior, es posible que don José y doña Juana María se hubieran casado alrededor de 1787. Si bien no se ha encontrado su partida de matrimonio, en la información consultada figura que estaban casados. Es de anotar que la diferencia de edad entre ambos era considerable: como se indicó, don José nació en torno a 1728; doña Juana María nació por

³⁸ AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 41, 1798-1799 (1799), f. 226r. La firma de don José María permite establecer que es la misma persona registrada en la venta de Flor de Damas: su rúbrica consiste en una p sobre una m.

³⁹ AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 50, 1812, f. 156v.

⁴⁰ Así lo declararon los testigos interrogados en Tadó y en Cali con motivo de la oposición que entre 1828 y 1829 hicieron don Felipe, a nombre de un hijo suyo, y don Manuel Celidonio a una capellanía fundada por doña Isabel, abuela de ambos. Archivo Histórico Eclesiástico de la Arquidiócesis de Popayán (AHEAP, en adelante), legajo 1017, n.º de orden 18749, ff. 12r-13v, 17r-18v, 24v.

⁴¹ Su trascendencia se colige de un registro de minas levantado en la provincia de Nóvita en 1755, en el que los herederos del extremeño don Félix Murillo y de su esposa, doña Antonia Gómez de la Asprilla y Gil del Valle, padres de doña Isabel, figuran como dueños de cien esclavos en sus minas de Torrá, de lejos la cantidad más alta del conteo efectuado en el partido del Cajón, del que hacían parte. AGN, Colonia, *Negros y Esclavos – Cauca* 43, legajo 2, documento 20, f. 962v. Para dimensionar el lugar que en la época ocupaba en el Chocó don Fernando Martínez de Caso, asturiano, quien fue maestro de campo y dueño de minas y esclavos, basta citar un episodio. Cuando el cura que atendía la capilla de las minas de Santa Lucía (propiedad de Martínez de Caso) le reclamó por la ausencia de su familia en una liturgia dominical, a finales de 1769, don Fernando, según un testigo, respondió “q[ue] desde su casa oían missa”. AHEAP, legajo 5166, n.º de orden 41427, s. p.

⁴² AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 50, 1812, f. 156v.

⁴³ La mayoría de edad, que se alcanzaba a los veinticinco años, permitía hacer negocios y adelantar ciertas diligencias ante las autoridades. Germán Colmenares, *Historia económica y social de Colombia II*, p. 228.

⁴⁴ Hay un don José María del Pino “oriundo de la ciudad de Cartago” registrado en un bautismo celebrado en Nóvita en octubre de 1818 por fray Manuel Martínez Malo. Nóvita, parroquia de San Jerónimo, libro de bautismos, 1793-1808, 1808-1841, f. 116r. Como se verá más adelante, don José María vivía allí en esa época, y Martínez Malo lo conocía bastante bien. Por lo tanto, es posible que, en efecto, hubiera nacido en Cartago.

⁴⁵ Don Felipe fue bautizado el 27 de junio de 1794 y don Manuel Celidonio (nacido el 2 de marzo) lo fue el 19 de marzo de 1797. Tadó, libro de bautismos, 1791-1898 (1794), f. 12r; (1797), f. 11r.

1756, si se tiene en cuenta que era la hija menor de sus padres,⁴⁶ quienes se casaron en 1745 y tuvieron diez hijos.⁴⁷ De tal forma, don José le llevaba unos 28 años a doña Juana María.

Don José murió alrededor de 1798, si se tiene en cuenta que en mayo de 1796 aparece en el proceso judicial mencionado y que doña Juana María afirmó ser viuda en el poder que confirió en Tadó en febrero de 1799. Ella ya había muerto para abril de 1801, como se colige del bautismo de Benedicta, hija de Valerio y Marcelina, registrados como esclavos “de la testamentaria de d[on]a Juana Maria Martinez”. La niña fue bautizada con “agua de socorro” por don José María del Pino, vecino de la parroquia de Tadó.⁴⁸ Don José María murió en 1820, y sus tres hermanos permanecieron en el Chocó, al menos durante la década siguiente.⁴⁹

La familia materna de doña Gertrudis es más conocida. Doña María Josefa de la Peña y Velasco, su madre, era hija de don José Joaquín de la Peña y Cobo y doña María Manuela Ignacia Alonso de Velasco y Paredes. Él era hijo legítimo de don José de la Peña y Vivas e Isabel Cobo de Figueroa y Ledesma; ella, hija ‘natural’ de don Ignacio Alonso de Velasco y Velasco y Manuela Bárbara Paredes y Bonilla Delgado.⁵⁰ Estas personas estaban avicinadas en jurisdicción de la ciudad de Popayán a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX.

Los orígenes de doña María Manuela son dignos de destacar. Era nieta materna de Carlos Paredes y María Rosa de Bonilla Delgado y Rojas. Carlos nació como hijo ‘natural’ de María Paredes, a comienzos del siglo XVIII.⁵¹ Estuvo durante una época dedicado al trabajo manual (como platero y mulero) y fue alférez real de una compañía de milicianos montañeses, así como asentista de aguardiente. Sus orígenes fueron objeto de cuestionamientos, y algunas personas señalaron que era mestizo.⁵² María Rosa, por su parte, también era hija ‘natural’ y se crio en el entorno de Petrona de Bonilla Delgado, en el que había hijos expósitos y

⁴⁶ En el expediente sobre la capellanía fundada por doña Isabel Murillo y Gómez de la Asprilla, antes citado, figura la declaración de un testigo que señaló sobre doña Juana María “que hera la menor de los hijos despues de d[on] Felipe Martinez”. AHEAP, legajo 1017, n.º de orden 18749, f. 18.

⁴⁷ Se casaron el 23 de enero de 1745 en la iglesia de Torrá. AHEAP, legajo 794, n.º de orden 17713, s. p. En 1762, ya viudo de doña Isabel, don Fernando afirmó haber tenido diez hijos con ella. AHEAP, legajo 7408, n.º de orden 61254, f. 21v.

⁴⁸ Tadó, libro de bautismos, 1791-1898 (1801), f. 35v.

⁴⁹ Don Felipe, don Manuel Celidonio y doña Juana Antonia aparecen en un registro tributario de la parroquia de Tadó, fechado en diciembre de 1826. ACC, sig. 2772, Independencia, *Civil II – I Contaduría Provincial*, f. 2r. Dos de las comunicaciones redactadas por don Felipe y don Manuel Celidonio cuando hicieron oposición a la capellanía fundada por su abuela fueron fechadas en Tadó a finales de 1828. AHEAP, legajo 1017, n.º de orden 18749, ff. 6r, 11r. Más adelante, don Felipe se asentó en Cali, donde se casó con doña Francisca Piedrahita, con quien tuvo descendencia. Murió en esta ciudad en 1868. Arquidiócesis de Cali, parroquia de San Pedro (la catedral), libro de defunciones, 19 de julio de 1864 – 28 de noviembre de 1868, f. 71r.

⁵⁰ En gran medida, la información genealógica de don José Joaquín y doña María Manuela se ha trabajado con base en Miguel Wenceslao Quintero Guzmán, *Linajes del Cauca Grande*, t. I, pp. 475-479; t. III, pp. 1261-1262. La ascendencia materna de doña María Manuela, que no figura en ese trabajo, ha sido complementada con otro material. Por ejemplo, el vínculo de doña María Manuela con su madre figura en documentos relativos a una casa que esta compró en 1767 con ayuda de don Ignacio. ACC, sig. 5428, Independencia, *Eclesiástico I – 14 Diezmos*, ff. 61r-63r.

⁵¹ En su testamento dijo ser hijo de María Paredes y don Juan Jara, natural de la ciudad de Cuenca, ACC, *Notaría 1ª, Popayán*, t. 57, 1790-1791 (1790 [3]), f. 252r.

⁵² Al respecto, pueden verse las acusaciones que en 1764 varios testigos lanzaron contra la calidad y la ascendencia de Carlos Paredes, a raíz de una carta en la que este insultó a miembros del cabildo de Popayán. ACC, Cabildo, *Libro capitular*, Popayán, 1764-1765 (1764), ff. 98r-105v.

‘naturales’.⁵³ Carlos y María Rosa dieron origen a un frondoso linaje de plateros que desempeñaron un papel central en las artes y la arquitectura de Popayán durante los siglos XVIII y XIX.⁵⁴ La calidad de estas personas y de otras cercanas a su círculo será definitiva para el traslado de don José Joaquín y doña María Manuela a Cartago.

Como puede verse, doña Gertrudis, cuya ascendencia figura en el esquema 1, surgió de la articulación de familias (algunas nobles, otras, no) originarias de distintas poblaciones de la gobernación de Popayán y del Chocó. Los contactos que ella estableció en Popayán reprodujeron las relaciones regionales de las que procedía, como ilustra la siguiente historia. En el real de minas de Nóvita, el 12 de marzo de 1819, don José María Mallarino y Vargas, teniente de gobernador, interrogó a dos hombres que habían participado en juegos ilícitos. Ambos dijeron haber estado jugando en casa de fray Manuel Martínez Malo, cura vicario de Nóvita, y contaron entre los asistentes a “d[o]n Jose Maria Pino”.⁵⁵ Sin duda era el padre de doña Gertrudis, pues él murió allí al poco tiempo. El teniente de gobernador era el padre de don Manuel María Mallarino Ibargüen, con quien doña Gertrudis tuvo a doña Carmen Pino. Jamás se sabrá si, cuando sus caminos se cruzaron en Popayán, a mediados del siglo XIX, doña Gertrudis y don Manuel María hablaron sobre la coincidencia de sus padres en Nóvita. Lo cierto es que ella no era ajena a la sociedad con la que interactuó en Popayán.

Migración, redes familiares y nobleza

Los de la Peña y Velasco, la familia materna de doña Gertrudis, se fueron a vivir a Cali en algún momento entre 1803 y 1805.⁵⁶ Se desconoce el tiempo que pasaron en esta ciudad, pero desde allí enviaron una carta a la madre de doña María Manuela, el 29 de noviembre de 1806.⁵⁷ Para mediados de 1808, al menos don José Joaquín ya estaba avecindado en Cartago. El contenido de un poder redactado allí al poco tiempo, en el que a doña María Manuela no se le atribuye vecindad alguna, sugiere que ya estaba radicada en la ciudad en octubre de ese mismo año.⁵⁸ Si se tiene en cuenta que don José María y doña María Josefa se casaron a mediados de 1807, es posible que ella haya sido enviada en solitario a Cartago.

⁵³ ACC, *Notaría 1ª, Popayán*, t. 30, 1736-1739 (1737 [1]), ff. 35v-38r. Petrona era hija ‘natural’ de don Gregorio de Bonilla Delgado y Belalcázar. ACC, *Notaría 1ª, Popayán*, t. 26, 1726-1728 (1728 [1]), f. 174v.

⁵⁴ Algunos integrantes de esta familia gozaban de prestigio y prosperidad económica a finales del siglo XVIII, como Francisco Paredes, hijo de Carlos, quien fue maestro mayor de platería. Germán Colmenares, *Historia económica y social de Colombia II*, p. 223.

⁵⁵ AGN, Colonia, *Curas y Obispos* 21, legajo 51, documento 38, ff. 770r-771r.

⁵⁶ En un poder que otorgó en Caloto en febrero de 1803, don José Joaquín aparece como vecino de Popayán. *Notaría de Caloto*, protocolos notariales, 1801-1803 (1803), ff. 304r-304v. Él y doña María Manuela figuran como vecinos de la ciudad de Cali en la partida de bautismo de su hijo don Manuel María, nacido el 11 de abril de 1805 y bautizado allí dos días después. Arquidiócesis de Cali, parroquia de San Pedro (la catedral), libro de bautismos, diciembre de 1804 – febrero de 1811, f. 20v.

⁵⁷ ACC, *Notaría 1ª, Popayán*, t. 72, 1807 (2), f. 11r.

⁵⁸ AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 46, 1807-1808 (1808), ff. 271r-271v, 305r-305v.

Esquema 1. Ascendencia de doña Gertrudis Pino y Peña hasta comienzos del siglo XVIII



Fuentes: AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 30, 1776-1777 (1777), ff. 158v-161v. AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 41, 1798-1799 (1799), f. 226r. AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 47, 1809, 63r-64v, 76v. ACC, *Notaría 1ª, Popayán*, t. 57, 1790-1791 (1790 [3]), f. 252r. ACC, *Notaría 1ª, Popayán*, t. 67, 1802 (1), 287v. ACC, sig. 5428, Independencia, *Eclesiástico I – 14 Diezmos*, ff. 61r-63r. AGN, Colonia, *Negros y Esclavos – Cauca* 43, legajo 1, documento 11, f. 703r. Cartago, parroquia de San Jorge, libro de casamientos, 1806-1849, ff. 5v-6r; libro de bautismos, 1807-1812, f. 68v. AHEAP, legajo 8126, n.º de orden 67435, f. 37r. AHEAP, legajo 1017, n.º de orden 18749, ff. 12r-13v, 17r-18v, 24v. Miguel Wenceslao Quintero Guzmán, *Linajes del Cauca Grande*, t. I, pp. 47-54, 361-363, 369-370, 388-389, 399-400, 426-435, 472-479; t. III, pp. 1202-1203, 1261-1262. Elaboración propia.

Por la época, en Cartago había familia consanguínea próxima, originaria de Popayán: doña Antonia Alonso de Velasco y Velasco, tía paterna de doña María Manuela, y tres de sus hijos, doña María Josefa, doña María Francisca y don Antonio Marlez y Velasco, cura vicario de Cartago, quien fue padrino de matrimonio de los padres de doña Gertrudis.⁵⁹ Asimismo, allí vivía doña Leonor Díaz de Lucena y Marlez, hija de doña María Josefa Marlez y Velasco, por tanto, nieta de doña Antonia.⁶⁰ Doña Leonor estaba casada con don Fernando Martínez de Caso y Murillo, medio tío materno de don José María, y fue madrina del mismo matrimonio. Para los fines de los de la Peña y Velasco, era crucial estrechar lazos con círculos nobles como este, pues, con el traslado a Cartago, la familia buscaba afinar su propia nobleza.

Aunque don José Joaquín y doña María Manuela figuran tratados como ‘don’ y ‘doña’ en varios documentos producidos en Popayán, allí no eran tenidos unánimemente por nobles, especialmente porque las circunstancias habían conducido a que en esa ciudad se relacionaran más que todo con los círculos de sus respectivas madres (Isabel Cobo de Figueroa y Manuela Paredes), quienes no gozaban de esa calidad. Cuando, por 1768, murió el padre de don José Joaquín, don José de la Peña y Vivas, quien fue notario eclesiástico de la catedral de Popayán, los hijos que este tuvo con Isabel eran menores,⁶¹ así que los de la Peña y Cobo crecieron desprovistos de nobleza, además de que los hermanos de don José, dedicados a la vida religiosa, no dejaron descendencia. En cuanto a doña María Manuela, si bien fue reconocida por don Ignacio, su padre, quien veló por ella y le otorgó dote,⁶² él tenía una numerosa descendencia legítima de su matrimonio (posterior a que ella naciera), frente a la cual un hijo ‘natural’ tendía a quedar relegado. Esos círculos maternos estaban emparentados, lo que sin duda propició matrimonios, entre ellos el don José Joaquín y doña María Manuela.⁶³ A su estrecha relación con dichos entornos (en los que había varias uniones ilegítimas y personas sin calidad noble) puede deberse que la pareja aparezca sin los distintivos ‘don’ y ‘doña’ en las partidas de bautismo de sus hijos nacidos en Popayán.⁶⁴

⁵⁹ Es probable que doña Antonia y sus hijas se asentaran en Cartago a raíz del nombramiento de don Antonio como cura de esa ciudad, dado a mediados de 1798, momento en el que él dejó el curato de Lloró (Chocó). AHEAP, legajo 22, n.º de orden 277, s. p. Se desconoce la fecha en la que ellas se trasladaron, pero doña María Josefa figura avecindada en Cartago en una escritura de 1807. AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 46, 1807-1808 (1808), ff. 15r-15v. En esta ciudad murieron don Antonio y su madre, el 9 de agosto de 1814 y el 6 de noviembre de 1815, respectivamente. Doña María Josefa y doña María Francisca otorgaron allí testamento a nombre de doña Antonia, a las pocas semanas de su muerte. AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 51, 1813-1814 (1814), ff. 214v-216r, 218v-221v; AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 52, 1815-1816 (1815), ff. 123v-128r.

⁶⁰ Al menos, dos de sus hijos fueron bautizados allí a comienzos del siglo XIX. Cartago, parroquia de San Jorge, libro de bautismos, 1807-1812, f. 8r; libro de bautismos, octubre de 1813-diciembre de 1818, f. 16v.

⁶¹ ACC, sig. 10377, Colonia, *Judicial II – 18 Sucesiones*, f. 1r.

⁶² ACC, *Notaría 1ª, Popayán*, t. 67, 1802 (1), f. 287v.

⁶³ En la dispensa matrimonial que en 1798 solicitaron don Jerónimo Antonio de la Peña y Cobo (hermano de don José Joaquín) y Mariana Prieto y Paredes (medio hermana de doña María Manuela) figura que eran parientes en cuarto grado de consanguinidad, así: Juana Ibarra tuvo por hijas ‘naturales’ a Isabel Mañosca y María Paredes. Isabel Mañosca fue la madre de Javiera de Ledesma y esta, la de Isabel Cobo de Figueroa y Ledesma, madre de don Jerónimo Antonio. María Paredes, por su parte, fue la madre de Carlos Paredes, padre de Manuela Paredes y Bonilla Delgado, quien fue la madre de Mariana. AHEAP, legajo 8126, n.º de orden 67435, f. 37r. En total, fueron cuatro las hijas de Manuela Paredes: Juana, habida de su matrimonio con Juan de Quesadas y Castillo, muerto por 1760, doña María Manuela, Mariana y María Josefa (estas tres, ‘naturales’). ACC, *Notaría 1ª, Popayán*, t. 39, 1760-1761 (1761 [3]), ff. 62-63r; ACC, *Notaría 1ª, Popayán*, t. 48, 1776-1777 (1777 [1]), ff. 55v-57r; ACC, sig. 5428, Independencia, *Eclesiástico I – 14 Diezmos*, f. 64v.

⁶⁴ Miguel Wenceslao Quintero Guzmán, *Linajes del Cauca Grande*, t. I, p. 476, n. 722. En otros documentos ocurre lo mismo con Carlos Cobo de Figueroa y Javiera de Ledesma, abuelos maternos de don José Joaquín.

La familia ya venía intentando fortalecer su nobleza por otras vías. En 1794, don José Joaquín y su hermano don Jerónimo Antonio elevaron una petición de amparo de nobleza ante la audiencia de Quito, apelando a su conexión con una familia noble de la península, los Vivas Sedano. Sin embargo, el tribunal rechazó la petición, pues determinó que los Vivas Sedano no tenían ejecutoria de nobleza (la cual habría facilitado el trámite) y que la relación de los solicitantes con esa familia no estaba debidamente documentada.⁶⁵ Don José Joaquín tal vez buscó ascender mediante su labor como maestro platero y “oficial meritorio” (aprendiz sin sueldo) de la oficina de tallado de la Casa de Moneda de Popayán, donde trabajó entre 1795 y 1796, después de lo cual tuvo una platería en casa de su suegra, por 1798.⁶⁶ En ese entonces, las labores de los artesanos eran consideradas actividades honorables, dadas las disposiciones que en ese sentido habían sido promovidas bajo los borbones.⁶⁷ Es posible que dicha medida haya sido insuficiente y que por ello, y motivados por la incertidumbre que los acompañaba en Popayán y el revés en Quito, los de la Peña y Velasco optaran por refugiarse en el círculo de parientes de Cartago, cuya nobleza estaba consolidada. Aquí y allá, la nobleza era una pauta de diferenciación vigente,⁶⁸ aunque quizá el goce de esa calidad fuera controlado con mayor celo en Popayán, por ser cabeza de gobernación y sede de obispado.

No es descartable, además, que Cartago resultara atractiva por la próspera actividad comercial que tenía a comienzos del siglo XIX, vinculada con el abastecimiento de las minas del Chocó.⁶⁹ En cualquier caso, trasladarse a esa población traía consigo cambios importantes, comenzando con el clima. En comparación con Popayán, la ciudad de Cartago, ubicada a unos 250 kilómetros, en el extremo norte del valle geográfico del río Cauca, era más cálida. Migrar también implicaba pasar a otro ámbito jurisdiccional, pues la ciudad de Cartago regía una provincia diferente a la controlada desde la ciudad de Popayán.⁷⁰ En lo fundamental, el interés por acrecentar su nobleza fue lo que motivó a los de la Peña y Velasco a asumir tales retos, en paralelo con otro estímulo igualmente importante, a saber, la

⁶⁵ Miguel Wenceslao Quintero Guzmán, *Linajes del Cauca Grande*, t. I, p. 476, n. 725. Nótese que no se cuestionó su blancura ni limpieza de sangre, certificadas en otros procedimientos. En 1788, don Jerónimo Antonio, hermano de don José Joaquín, solicitó beca de colegial en el Real Colegio y Seminario de Popayán, diligencia que concluyó con la respectiva licencia. Los testigos interrogados declararon que don José de la Peña y Vivas, su esposa, Isabel Cobo de Figueroa, y don Jerónimo Antonio eran blancos y limpios, y confirmaron la legitimidad del solicitante. AHEAP, legajo 6164, n.º de orden 46989, s. p.

⁶⁶ ACC, sig. 12599, Colonia, *Civil IV – 7 Fundición y Casa de Moneda*, ff. 1r-1v; AHEAP, legajo 8126, n.º de orden 67435, f. 39v.

⁶⁷ Margarita Garrido, “Estudio introductorio”, p. XXXV.

⁶⁸ Era la tónica general en la gobernación de Popayán durante la Colonia tardía, como sale a relucir en varios pleitos por injurias que involucraron a individuos nobles de distintas poblaciones, así como en el repertorio de requisitos que debían cumplir aspirantes de dentro y fuera de esa jurisdicción al postularse a instituciones reservadas para personas de origen noble, como el Real Colegio y Seminario de Popayán. En esos casos, la nobleza fue ponderada aludiendo a parámetros como legitimidad, limpieza de sangre, buena reputación y ‘arreglo de costumbres’.

⁶⁹ Francisco Zuluaga Ramírez, *Cartago: la ciudad en los confines del Valle*, Editorial Universidad del Valle, Cali, 2007, pp. 70-72.

⁷⁰ Cada una de las provincias que integraban la gobernación de Popayán (por lo general, ámbitos jurisdiccionales en el contorno de núcleos poblados que funcionaban como cabeceras) gozaba de cierta autonomía. Marta Herrera Ángel, *Popayán*, pp. 80-81, 158. Desde esa perspectiva, cambiar de entorno jurisdiccional era de alguna forma aventurarse al exterior, pues implicaba someterse a las justicias y las dinámicas de la provincia de destino y, en esa medida, alterar significativamente la cotidianidad.

obtención de unos capitales que, en varios sentidos, abonaron el terreno para el matrimonio de doña María Josefa y la educación de uno de sus hermanos, don José María.⁷¹

En 1805, antes de asentarse en Cartago, don José Joaquín se presentó en esa ciudad para declararse acreedor de los productos del paso real de Anacaro, sobre el cual estaba cargada la mayor parte del principal, 2.800 patacones, de una capellanía fundada en 1713 por el capitán don Miguel Vivas Sedano y Bejarano, adjudicada en 1801 a su hijo don José María de la Peña y Velasco, por la curia episcopal.⁷² Don Miguel, quien fundó dos capellanías dedicadas a la formación sacerdotal de sus beneficiarios, fue hermano de don Pedro Vivas Sedano y Bejarano, bisabuelo de don José Joaquín por vía paterna.⁷³ El paso era una conexión entre Cartago y Anserma sobre el río Cauca en donde había canoas para cruzarlo (mapa 1, antes citado). Hacía parte de los bienes que dejó don Francisco Javier de Fresneda, a quien pertenecieron las tierras de Cañaveralejo, en jurisdicción de Cali, sobre las que originalmente estuvo fincado el principal de la capellanía.⁷⁴ Conforme a lo instituido por el fundador, don José María estaba habilitado para gozar de los réditos de ese legado.⁷⁵

Aunque ha sido imposible conocer si los réditos llegaban con regularidad, la documentación permite ver que en un comienzo las acreencias no fueron nada despreciables. Según una escritura de diciembre de 1805, los de la Peña y Velasco exigieron a la administradora del

⁷¹ Ambos estaban entre los hijos mayores de don José Joaquín y doña María Manuela, pues nacieron en segundo y tercer lugar, de un total doce hermanos. Miguel Wenceslao Quintero Guzmán, *Linajes del Cauca Grande*, t. I, pp. 478-479.

⁷² Archivo Histórico Judicial de Cali (AHJC, en adelante), *Judicial*, Tribunal, caja 118, legajo 3, s. p.; AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 45, 1805-1806 (1805), ff. 71r-73r.

⁷³ En su testamento, otorgado en Cali el 14 de junio de 1713, don Miguel mandó fundar dos capellanías, una de las cuales estaba destinada a los hijos legítimos de sus hermanos varones don Mateo, don Pedro y don Juan Vivas Sedano y Bejarano que se ordenaran como sacerdotes, “según se siguen y mencionan las familias, prefiriendo el mayor al menor, y el mas proximo al menos cercano a ordenarse, y en defecto de estos pueda el patrono nombrar capellanes propietarios a los de su sangre mas cercanos con la misma preferencia”. En 1716, don Mateo y don Juan, albaceas de don Miguel, dotaron una capellanía con 1.000 patacones de principal, cifra establecida por don Miguel en su testamento, y la otra, con un principal de 3.000, remanentes de sus bienes. AHEAP, legajo 2070, n.º de orden 24632, ff. 8r-11v. Nótese que don José Joaquín se refirió a una porción del principal, equivalente a 2.800 patacones. Se ignora el motivo del desfase (200 patacones) y si el resto del principal estaba gravado sobre otra propiedad, pero el caso es que él indicó que la capellanía en cuestión había sido del maestro don Pedro Albo Palacio, quien gozó de la de 3.000 patacones fundada por don Miguel. AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 45, 1805-1806 (1805), f. 71r; AHEAP, legajo 2070, n.º de orden 24632, ff. 22r-22v.

⁷⁴ AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 46, 1807-1808 (1808), f. 271r; AHEAP, legajo 2070, n.º de orden 24632, ff. 6v-7r, 10r-10v. En 1766, tras la muerte de don Francisco Javier, vecino de la ciudad de Cartago, las tierras de Cañaveralejo se destinaron a pagar varios censos con los que estaba cargada, entre ellos, el derivado de la capellanía fundada por don Miguel Vivas Sedano y Bejarano. AHC, *Judicial-Colonia, Alcalde Ordinario – Mortuorias*, caja 14, carpeta 9, ff. 68v-70v. Al parecer, esta obligación recayó en los herederos de don Francisco Javier, quien había sido dueño y administrador del paso de Anacaro. AHC, *Judicial-Colonia, Alcalde Ordinario – Mortuorias*, caja 14, carpeta 9, ff. 19r-20r. A comienzos del siglo XIX, la administradora era doña Andrea Bueno y Palacios, esposa de un nieto de don Francisco Javier, don Pedro Antonio Fernández de Fresneda, recientemente fallecido, quien también había administrado el paso, desde agosto de 1796. AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 44, 1804-1805 (1805), ff. 183v, 186v. Ella era quien debía responder por los productos de Anacaro.

⁷⁵ En una carta escrita alrededor de 1806, en contra de un aspirante que impugnó la adjudicación hecha a favor de don José María de la Peña y Velasco, don José Joaquín afirmó que su hijo era “desendiente lejítimo del cap[it]an Pedro Vivas”, por lo tanto, apto para beneficiarse de las capellanías fundadas por don Miguel Vivas Sedano y Bejarano, y que estaba más próximo a ordenarse que el contradictor. AHJC, *Judicial*, Tribunal, caja 118, legajo 3, s. p.

paso, además del principal de 2.800 patacones, “quatro mil trescientos quarenta de reditos caídos en el espacio de treinta y un año[s]”.⁷⁶ Se trata de una cantidad significativa para la época, que permitía vivir con relativa holgura.⁷⁷ Esa suma tan cuantiosa hace pensar que toda la familia estaba beneficiándose de la capellanía, no solamente el capellán. Aun así, parece que anualmente los réditos alcanzaban cifras mucho menores. En agosto de 1812, doña María Manuela solicitó a un alcalde ordinario de Cartago los productos del paso reportados entre el 1º de octubre de 1811 y el 3 de junio de 1812, que sumaban 54 pesos, siete y medio reales.⁷⁸ Hasta donde ha sido posible verificar, los réditos fueron cobrados entre 1805 y 1815.⁷⁹

Documentación sobre otra capellanía termina de confirmar que la carrera eclesiástica de don José María de la Peña y Velasco fue uno de los principales proyectos de la familia en Cartago. En esa ciudad, el 18 de junio de 1807, el presbítero don Juan Antonio López Ospina fundó en su testamento una capellanía con un principal de 4.000 patacones, destinada a que don José María, por entonces de unos dieciocho años, se ordenara.⁸⁰ Es decir, cuando los de la Peña y Velasco llegaron a Cartago, don Juan Antonio, pariente de los Álvarez del Pino, ya había fundado ese legado, lo cual es significativo con respecto a los vínculos que la familia tenía en esta ciudad antes de instalarse allí.⁸¹

En la época, no era extraño depender de capellanías. Aun así, frente a los análisis de los que han sido objeto esas fundaciones, este caso sugiere lecturas adicionales. Germán Colmenares, para el valle del río Cauca en el siglo XVIII, explicó que las capellanías beneficiaron primordialmente a grupos privilegiados, pues de ellas se derivaron censos que permitieron sustentar posesiones de terratenientes y porque las rentas de esos legados recaían en capellanes pertenecientes a familias patricias.⁸² Con respecto a Antioquia en el mismo período, Juan Sebastián Marulanda ha señalado que las capellanías cimentaron y consolidaron redes de poder familiares y políticas.⁸³ A dichas apreciaciones podría añadirse, a la luz de la historia de los de la Peña y Velasco, que durante la Colonia tardía las capellanías fueron poderosos motores de migración para familias que estaban tratando de asegurar su nobleza y subsistencia. Con este objetivo, esas familias procuraban vigilar de cerca, en los sitios en los que se producían, los réditos que beneficiaban al capellán.

El sustento de los de la Peña y Velasco se derivaba también de la hipoteca y la venta de bienes familiares. La casa de teja que en Popayán tenía en el barrio de El Empedrado Manuela Paredes, suegra de don José Joaquín, sirvió de garantía para que este tomara a censo 500

⁷⁶ AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 45, 1805-1806 (1805), ff. 71r-75r.

⁷⁷ Por ejemplo, en 1805, año del primer cobro, una casa “de embutidos con cuvier]ta de teja [...] construida en su compet[en]te solar q[ue] se compone de cinq[uen]ta y dos y media varas en quadro” (unos 36,75 m²), en la traza de Cartago, costó 69 patacones, mientras que una negra esclava de casta criolla de 23 años, como Eduarda, fue vendida en 300 patacones. AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 45, 1805-1806 (1805), ff. 12r, 14r.

⁷⁸ AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 50, 1812, ff. 115v-116r.

⁷⁹ ACC, sig. 5428, Independencia, *Eclesiástico I – 14 Diezmos*, f. 11v.

⁸⁰ AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 48, 1810, ff. 279v-280r.

⁸¹ Don Juan Antonio era nieto de doña Ana Becerra Aníbal y Potes, prima hermana de doña Manuela Becerra Aníbal Arcos Cortés y Rada, por lo tanto, primo en tercer grado de los Álvarez del Pino y Lozano.

⁸² Germán Colmenares, *Calí*, pp. 80-81, 85-86.

⁸³ Juan Sebastián Marulanda Restrepo, “La ‘economía espiritual’ en Antioquia. Las funciones de las capellanías entre los siglos XVII-XVIII”, *Historelo. Revista de Historia Regional y Local* 5 (9), 2013, pp. 12-41.

pesos en 1801.⁸⁴ Unas tierras que don José Joaquín y sus hermanos tenían en Piendamó, al norte de la ciudad de Popayán (mapa 1, antes citado), heredadas de Isabel Cobo de Figueroa, su madre, estaban gravadas por ese mismo censo y por otro que había sido tomado por don José Joaquín en 1799.⁸⁵ La casa y el solar de Manuela Paredes fueron vendidos entre 1806 y 1807 por 1.522 pesos, 4 reales. Como la propiedad estaba cargada con el censo tomado en 1801, más otros con los que estaba gravada desde que fue comprada, dejó libres 698 pesos, 4 reales.⁸⁶ La casa representaba 292 pesos de la dote de doña María Manuela, que ascendía a 488 pesos.⁸⁷ En general, todas esas operaciones delatan fuertes vínculos de solidaridad de los de la Peña y Velasco con sus parientes y conocidos en Popayán. Además, por el lapso en el que se dieron, seguramente estuvieron encaminadas a respaldar el cambio de ciudad.

Hasta aquí, es claro que los capitales de origen payanés y los réditos de las capellanías facilitaron la subsistencia de la familia en Cartago. Ahora, es necesario preguntarse por qué los de la Peña y Velasco fueron reconocidos allí como nobles, de lo cual no queda duda, al considerar, por ejemplo, que en esa ciudad se celebró el matrimonio entre doña María Josefa y una persona de nobleza sólida e incuestionada como don José María Álvarez del Pino y Martínez de Caso. Para el efecto, ellos debían ser tenidos como iguales, en consonancia con las regulaciones de la época, que limitaban las uniones entre personas de distinta calidad.⁸⁸ Asimismo, el hecho de que los de la Peña y Velasco figuren consistentemente identificados como ‘don’ y ‘doña’ en la documentación analizada para Cartago, que va de 1807 a 1814, da una idea de la estimación de la que gozaron allí, en comparación con Popayán. Es decir, el propósito central del traslado, reafirmar la nobleza de la familia, se había hecho realidad.

El reconocimiento de los de la Peña y Velasco como nobles probablemente respondió al repertorio de elementos de orden simbólico que tenían a su disposición.⁸⁹ En ese registro ocupa un lugar especial el arsenal genealógico noble de la familia, especialmente representado por la capellanía de la que disfrutaba don José María de la Peña y Velasco, que ponía de relieve la conexión entre su familia y el tronco Vivas Sedano, pues los vínculos de sangre eran centrales para beneficiarse de dicho legado. Ese tronco emparentaba a los de la Peña y Velasco con varias familias de la gobernación de Popayán y el Chocó, donde, como muchos otros linajes, desempeñó un papel estructural. Cuatro bisabuelos de doña Gertrudis (incluida la pareja Álvarez del Pino-Lozano Santacruz) descendían de don Miguel Vivas Sedano y doña Ana Marmolejo Rengifo, cabezas del linaje en Indias, quienes vivieron en la ciudad de Cali durante la primera mitad del siglo XVII (esquema 2). Es decir, doña María Josefa de la Peña y Velasco y don José María Álvarez del Pino y Martínez de Caso compartían antepasados.

⁸⁴ ACC, *Notaría Iª, Popayán*, t. 66, 1801 (4), ff. 238r-246r.

⁸⁵ ACC, *Notaría Iª, Popayán*, t. 64, 1799 (3), ff. 175r-177v, 184r-184v.

⁸⁶ ACC, *Notaría Iª, Popayán*, t. 72, 1807 (2), ff. 7v-17r.

⁸⁷ ACC, sig. 5428, Independencia, *Eclesiástico I – 14 Diezmos*, ff. 65r-66r.

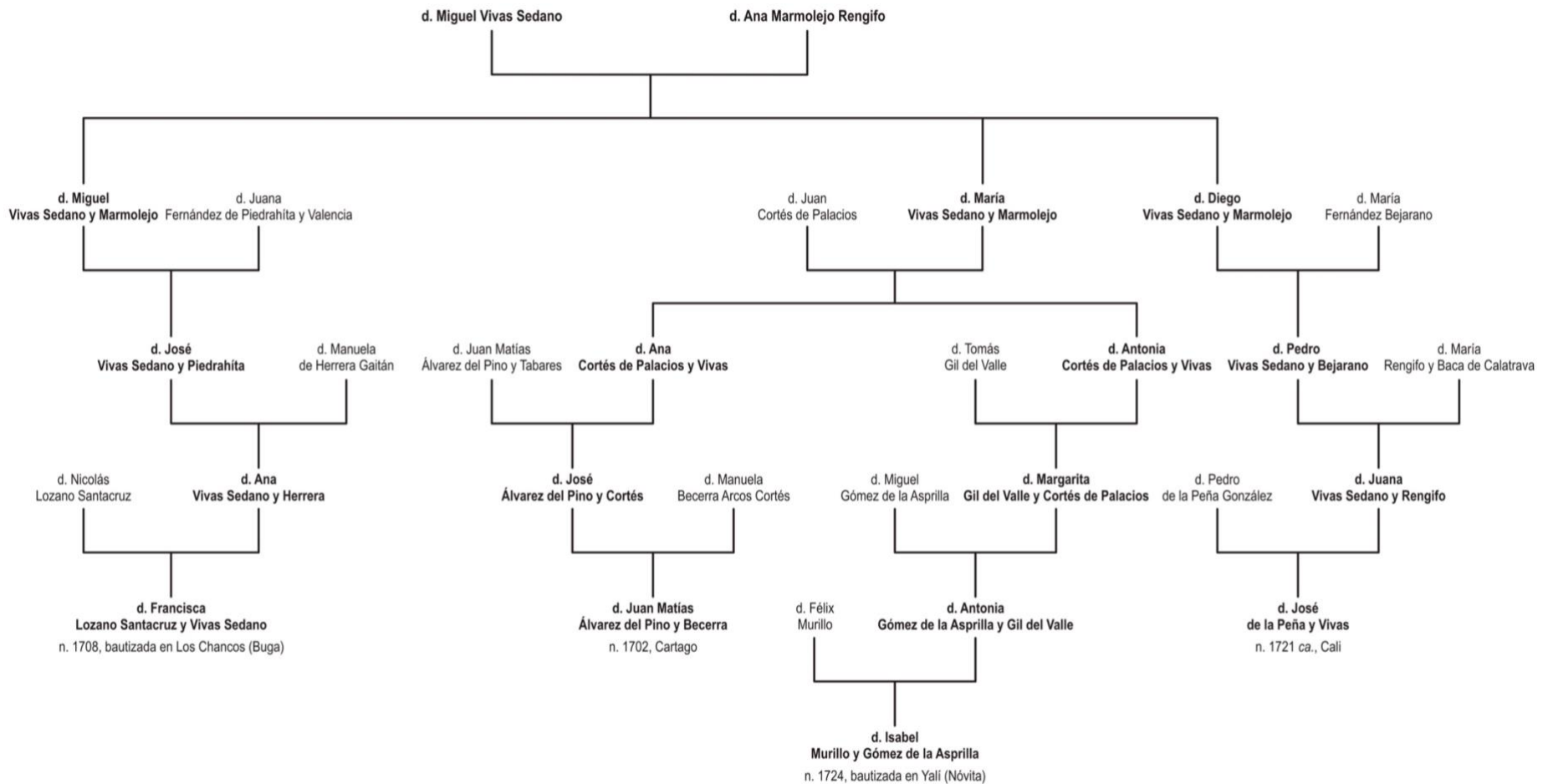
⁸⁸ Al respecto, véase Susan Migden Socolow, “Parejas bien constituidas: la elección matrimonial en la Argentina colonial, 1778-1810”, *Anuario del Instituto de Estudios Histórico-Sociales* 5, 1990, pp. 134-138.

⁸⁹ La idea de reconocimiento mediante el intercambio de elementos simbólicos se basa en Margarita Garrido, “La vida cotidiana y pública en las ciudades coloniales”, Beatriz Castro Carvajal (ed.), *Historia de la vida cotidiana en Colombia*, Editorial Norma, Cali, 1996, pp. 155-189.

Cómo citar: Santiago Paredes Cisneros, “Los orígenes de doña Gertrudis Pino y Peña. Migración, redes y acreditación de nobleza en la gobernación de Popayán a finales de la Colonia”, *Boletín de Historia y Antigüedades* vol. CXI, n.º 878, 2024 [en prensa].

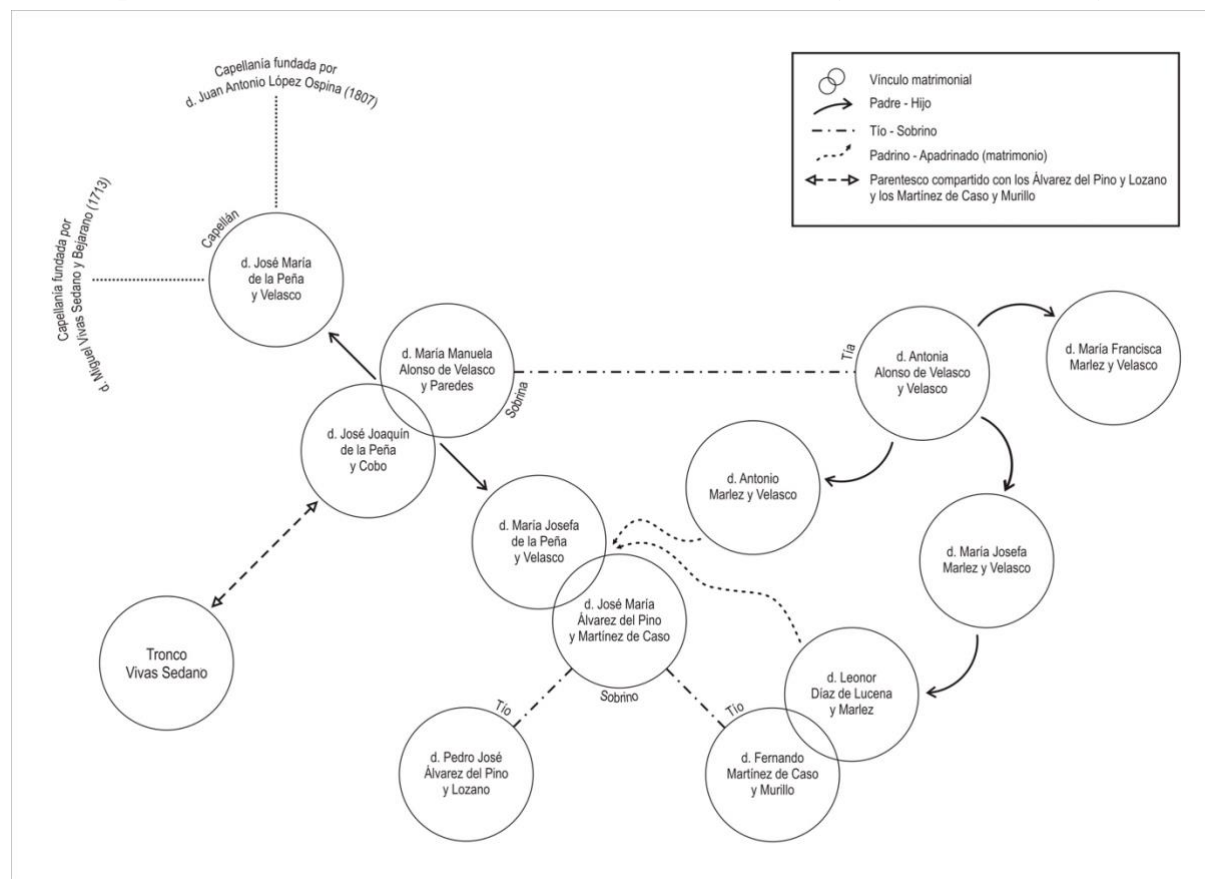
Esquema 2.

Bisabuelos de doña Gertrudis que descendían de don Miguel Vivas Sedano y doña Ana Marmolejo Rengifo, siglos XVII-XVIII



Fuentes: AHEAP, legajo 794, n.º de orden 17713, s. p. AGN, Colonia, *Fincas – Antioquia, Magdalena, Santander y Tolima* 27, legajo 1, documento 18, ff. 623r-624v. Miguel Wenceslao Quintero Guzmán, *Linajes del Cauca Grande*, t. I, pp. 47-54, 361-363, 369-370, 388-389, 399-400, 423-435, 472-479; t. III, pp. 1202-1203. Elaboración propia.

Esquema 3. Principales vínculos de la familia de la Peña y Velasco en Cartago a comienzos del siglo XIX



Fuentes: AHEAP, legajo 22, n.º de orden 277, s. p. Cartago, parroquia de San Jorge, libro de casamientos, 1806-1849, ff. 5v-6r. Cartago, parroquia de San Jorge, libro de bautismos, 1807-1812, f. 8r; libro de bautismos, octubre de 1813-diciembre de 1818, f. 16v. AHJC, *Judicial*, Tribunal, caja 118, legajo 3, s. p. AHC, *Notaría 1ª*, Cartago, t. 45, 1805-1806 (1805), ff. 71r-73r. AHC, *Notaría 1ª*, Cartago, t. 46, 1807-1808 (1808), ff. 15r-15v, ff. 271r-271v. AHC, *Notaría 1ª*, Cartago, t. 47, 1809, ff. 98r-102r. AHC, *Notaría 1ª*, Cartago, t. 48, 1810, ff. 279v-280r. AHC, *Notaría 1ª*, Cartago, t. 51, 1813-1814 (1814), ff. 214v-216r, 218v-221v. AHC, *Notaría 1ª*, Cartago, t. 52, 1815-1816 (1815), ff. 123v-128r. Miguel Wenceslao Quintero Guzmán, *Linajes del Cauca Grande*, t. I, p. 476, n. 722, n. 725. Elaboración propia.

Podría pensarse que los de la Peña y Velasco cultivaron y fortalecieron vínculos con los parientes con los que coincidieron en Cartago aludiendo principalmente a su conexión con el tronco Vivas Sedano, cuyos vástagos estaban particularmente concentrados en el norte de la gobernación de Popayán y en el Chocó. Por lo tanto, el tronco Vivas Sedano constituía uno de los principales activos que la familia tenía allí, junto al círculo de parientes cercanos y las capellanías (esquema 3). Es de recordar que don José Joaquín ya había invocado ese linaje en la petición de amparo de nobleza elevada en 1794. La relativamente prolongada vecindad en esa ciudad, de unos doce años (los de la Peña y Velasco se fueron de Cartago alrededor de 1820, como se mostrará más adelante), sugiere que la familia supo aprovechar al máximo su acervo genealógico, así como las relaciones endogámicas de las que hacía parte.⁹⁰

La trayectoria de la familia debe enmarcarse en dinámicas propias de la época. Según Margarita Garrido, a finales del siglo XVIII hubo en la Nueva Granada una “crisis de inconsistencia del estatus”, derivada del aumento del mestizaje, de la apertura de posibilidades para quienes podían ascender económicamente y de innovaciones en usos y costumbres, aunque a lo largo del siglo se habían afianzado las ideas de la blancura y la limpieza de sangre, a raíz de la afluencia de inmigrantes peninsulares.⁹¹ Muestra de esas tensiones, como recuerda Jaime Jaramillo Uribe, es que, si bien durante el siglo XVIII y comienzos del XIX se flexibilizó el uso del ‘don’, ese tratamiento siguió siendo apetecido entre criollos y españoles.⁹² Con el surgimiento de nuevas coordenadas, portar sangre noble había dejado de ser el factor diferenciador predominante.

Ese escenario pudo haber sido favorable para los de la Peña y Velasco en dos sentidos. Por un lado, las puertas de la nobleza se habían abierto a personas que tenían orígenes de algún modo cuestionables. Por otro, el despliegue de distintivos simbólicos nobles tenía gran eco en círculos criollos en los que atributos como la limpieza de sangre, la blancura y la conexión con linajes antiguos y consolidados estaban siendo apetecidos. A este respecto es importante recordar que los de la Peña y Velasco tenían una ascendencia que los respaldaba, pues se circunscribían a un ámbito compuesto por criollos, muchos de los cuales descendían de peninsulares nobles que se instalaron en el Chocó (don Félix Murillo y don Fernando Martínez de Caso) y en la gobernación de Popayán (don Juan Alonso González de Velasco y don Pedro de la Peña González) a comienzos del siglo XVIII (esquema 1, antes citado).⁹³ En ese ámbito, además, se tenía noticia sobre antepasados cuya nobleza había sido acreditada en la península, como muestra el uso de dicha información en varias diligencias cursadas durante los siglos XVII y XVIII. Entre esos antepasados había hidalgos investidos de ejecutoria y miembros de la alta nobleza castellana.⁹⁴

⁹⁰ En sociedades de Antiguo Régimen, como la estudiada, la endogamia —generada, entre otras circunstancias, por los matrimonios entre parientes (que solían reproducir parentescos anteriormente forjados), la vecindad, el interés común, la pertenencia a una misma parroquia— aseguraba cooperación, lealtad, protección, cohesión de grupo y perpetuación de la familia, al tiempo que traía consigo obligaciones y vínculos de interdependencia. Dichas relaciones no estaban dadas ni eran fijas, pues se moldeaban en la práctica y estaban sujetas a conflictos. Véase José María Imízcoz Beunza, “Familia y redes sociales en la España Moderna”, Francisco Javier Lorenzo Pinar (ed.), *La familia en la historia*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2009, pp. 135-186.

⁹¹ Margarita Garrido, “Estudio introductorio”, pp. XXXV, XL.

⁹² Jaime Jaramillo Uribe, “Mestizaje y diferenciación social”, pp. 45, 47-48.

⁹³ Miguel Wenceslao Quintero Guzmán, *Linajes del Cauca Grande*, t. I, pp. 433-434, 475.

⁹⁴ Las ascendencias de dos bisabuelos de doña Gertrudis sirven para ilustrar este punto. Para comenzar, doña Francisca Lozano Santacruz y Vivas Sedano, nacida en 1708, descendía por vía paterna del capitán don Pedro

Durante el siglo XVIII, especialmente fructífero en cuanto a opciones de ascenso social, individuos nobles en otros ámbitos también buscaron afianzar sus privilegios. Por ejemplo, en ese período, algunos hidalgos neogranadinos consiguieron títulos nobiliarios en recompensa por sus servicios militares y científicos. Así lo devela María José Montoya Durana en su contribución a un volumen que reúne estudios sobre el modo en el que el cultivo de las ciencias y las letras, actividad considerada virtuosa en el marco del pensamiento ilustrado, se transformó en una ruta para apuntalar la nobleza o, en el caso de quienes carecían de ella, para ennoblecarse.⁹⁵ En perfiles como el estudiado por Montoya, las nuevas distinciones eran el culmen de trayectorias sustentadas en la pertenencia a linajes criollos y peninsulares acrisolados, de modo similar a como ocurrió con los de la Peña y Velasco, quienes afinaron su nobleza amparados en la conexión con los Vivas Sedano, así que puede decirse que la búsqueda de prestigio tuvo una gran vitalidad entre quienes podían emplear a favor de su propia calidad el lustre de antepasados nobles. El caso de los de la Peña y Velasco, quienes no perseguían ningún reconocimiento distinto al que sus círculos inmediatos podían ofrecerles, tiene matices especiales, pues la información sobre linajes y parentescos los llevó a crear una cartografía genealógica que les mostró a dónde migrar y cuáles vínculos activar para fortalecer su nobleza. El conocimiento detallado sobre antepasados y parientes, habitual en sociedades de Antiguo Régimen, fue una brújula para moverse socio-espacialmente.⁹⁶

Ese tipo de cartografía era clave para la reconfiguración de la calidad. Tamar Herzog señala que, en sociedades de Antiguo Régimen, las redes de amistad, parentesco e interés mutuo permitían a las personas trascender su pertenencia a estamentos y etnias. La sociabilidad activada por esas redes moldeaba la forma en la que se clasificaba a las personas, de modo tal que categorías como indio, español y mestizo, aparentemente fijas, tendían a reajustarse, lo cual se enmarcaba en la casuística propia de un sistema jurídico como el castellano.

Pablo de Salazar, llegado a Indias por 1543, hijo de don Pedro de Santacruz, originarios de la ciudad de Huete. Miguel Wenceslao Quintero Guzmán, *Linajes del Cauca Grande*, t. I, pp. 537-538; t. III, pp. 1199-1203. Don Pedro era hijo de don Rodrigo de Santacruz, secretario del rey Enrique IV. En 1457, el rey otorgó privilegio de hidalguía a don Hernán Álvarez de Santacruz, padre de don Rodrigo de Santacruz, a este y a sus hijos, nietos y descendientes, para que “sean havidos por omes hijosdalgo”. Ese privilegio fue más tarde impugnado por unos parientes de los Santacruz, pero don Rodrigo, junto con sus hijos y hermanos, todos de Huete, consiguieron carta ejecutoria de hidalguía, dada por la real chancillería de Granada, en 1518. ACC, sig. 8347, Colonia, *Civil III – 23 Encomiendas*, ff. 2r-18r. Por otro lado, don Ignacio Alonso de Velasco y Velasco, nacido alrededor de 1737, descendía por vía materna de doña María Magdalena de Vega y Aragón, llegada a la ciudad de Popayán en torno a 1594, hija de don Lope de Vega Portocarrero, presidente de la Audiencia de Santo Domingo (1587-1596), y tataranieta de don Enrique Enríquez de Mendoza y doña María de Guzmán, condes de Alba de Liste, quienes murieron a finales del siglo XV. Miguel Wenceslao Quintero Guzmán, *Linajes del Cauca Grande*, t. II, pp. 1236-1240.

⁹⁵ María José Montoya Durana, “Eugenio de Alvarado: itinerario de un ‘noble meritorio’, 1715-1780”, Javier Ricardo Ardila Gutiérrez, Daniel Gutiérrez Ardila y James Vladimir Torres (eds.), *Nobleza e Ilustración: Nuevo Reino de Granada, 1719-1819*, Ediciones Uniandes, Bogotá, 2024 [en prensa].

⁹⁶ La utilidad del conocimiento acerca de parentescos y redes familiares en procesos migratorios ha sido especialmente estudiada con respecto a grupos vascos y navarros nobles cuyo movimiento permitió a las sociedades de la cornisa cantábrica proyectarse a escala peninsular y transatlántica. Véase, por ejemplo, José María Imízcoz Beunza, “Parentesco, amistad y patronazgo. La economía de las relaciones familiares en la hora navarra del XVIII”, Cayetano Fernández y Antonio Moreno (eds.), *Familia y cambio social en Navarra y País Vasco, siglos XIII-XX*, Instituto de Ciencias para la Familia, Pamplona, 2003, pp. 165-216.

Mediante esas redes, los individuos “forjaban su lugar dentro de las estructuras sociales”.⁹⁷ Por lo tanto, cambiar de entorno podía alterar cómo se era catalogado por otros.

Final de la aventura en Cartago y regreso a Popayán

El traslado de los de la Peña y Velasco a Cartago coincidió con procesos que desencadenaron la independencia de la monarquía española. Sin embargo, es difícil medir su impacto sobre las personas aquí estudiadas, pues la documentación consultada no arroja datos a ese respecto. Los círculos sociales altos de Cartago, como en otros lugares del valle del río Cauca, impulsaron un autonomismo realista contrario a los oficiales españoles de Popayán, cabeza de gobernación, que pretendían preservar incuestionado el orden imperial, debilitado por la invasión napoleónica a la península.⁹⁸ Es factible que el entorno de doña Gertrudis, como parte de esos círculos, fuera afín al autonomismo, que se materializó, en 1811, en la conformación de ‘las ciudades confederadas’ del valle del Cauca (Cali, Buga, Caloto, Anserma, Cartago y Toro). Indicio de esa afinidad es que el presbítero don Antonio Marlez y Velasco figura como firmante del acta en la que el cabildo de Cartago, el 24 de febrero de 1811, juró obediencia a la junta de la confederación, instalada en Cali.⁹⁹

Cuando la confederación se disolvió, en 1813, las ciudades que la conformaban pasaron a integrar las Provincias Unidas de la Nueva Granada. Las poblaciones partidarias del autonomismo relacionadas por entonces con la familia de doña Gertrudis fueron ocupadas por las tropas que buscaban restaurar el orden monárquico: Cartago, en agosto de 1813; Nóvita, en mayo de 1816.¹⁰⁰ En adelante, esos poblados siguieron en lo fundamental bajo influencia de las autoridades de la Restauración, hasta la independencia, en 1819. Es de anotar que no se ha hallado información sobre las actividades de la familia entre 1814 y 1822.

Es posible que el impacto más directo de la situación política fuera la permanencia forzada de la familia en Cartago. La crisis de la monarquía fue interpretada por muchas comunidades locales como una oportunidad para erigir su propia soberanía y desligarse de las poblaciones de las que habían dependido, lo cual acentuó la autonomía municipal característica del gobierno colonial neogranadino y agudizó conflictos anteriores entre diferentes centros urbanos y entre estos y nuevos núcleos poblados en torno al control sobre territorios jurisdiccionales.¹⁰¹ Podría decirse que la época fue un repliegue de los núcleos poblados sobre sí mismos.

⁹⁷ Tamar Herzog, “La vecindad: entre condición formal y negociación continua. Reflexiones en torno a las categorías sociales y las redes personales”, *Anuario del Instituto de Estudios Histórico-Sociales* 15, 2000, pp. 123-124, 131.

⁹⁸ Alonso Valencia Llano, *La confrontación regional en el proceso de independencia del Suroccidente colombiano*, Editorial Universidad del Valle, Cali, 2010, 67-70.

⁹⁹ Alfonso Zawadzky, *Las ciudades confederadas del valle del Cauca en 1811. Historia – Actas – Documentos*, Imprenta Bolivariana, Cali, 1943, pp. 56, 221.

¹⁰⁰ Francisco Zuluaga Ramírez, *Cartago*, p. 94; Jorge Mercado, *Campaña de invasión del Teniente General don Pablo Morillo, 1815-1816*, Editorial Iris, Bogotá, 1963 [1918], p. 211.

¹⁰¹ Germán Colmenares, “Popayán: Continuidad y discontinuidad regionales en la época de la Independencia”, Reinhard Liehr (ed.), *América Latina en la época de Simón Bolívar. La formación de las economías nacionales y los intereses económicos europeos 1800-1850*, Colloquium Verlag, Berlín, 1989, pp. 175-176; Anthony McFarlane, “Hacia la independencia colombiana: la época de la ‘Primera Republica’ en la Nueva Granada

A tal repliegue podría responder, por ejemplo, que don José María Álvarez del Pino y Martínez de Caso figure como vecino de Cartago en documentos elaborados entre 1809 y 1814,¹⁰² período que corresponde sustancialmente a la fase de las ciudades confederadas y se traslapa con los inicios de la Restauración. En ese lapso nació doña Gertrudis, en 1809, y, después, otro hijo, don José Joaquín, quien murió párvulo, en 1812.¹⁰³ Además de indicar una especie de reclusión derivada de la situación política, la vecindad de don José María en Cartago antes y después del restablecimiento del orden monárquico sugiere que la familia de doña Gertrudis logró adaptarse a las turbulencias de la época mientras vivió allí.

Los inicios del siglo XIX fueron azarosos para los entornos familiares de doña Gertrudis, pero más por problemas que varios de sus miembros arrastraban de tiempo atrás. En el caso de los Álvarez del Pino y Lozano, por ejemplo, algunas dificultades quedaron retratadas en un par de cartas escritas en 1784 por don Tomás a su hermano don José, en las que le mencionó problemas monetarios y le notificó que no podía pagarle una deuda.¹⁰⁴ Las deudas entre los hermanos Álvarez del Pino y Lozano fueron habituales y generaron conflictos. Por ejemplo, en 1809, don Pedro José se opuso a la mortuoria de don Tomás, fallecido alrededor de 1805, pues afirmó que este le debía 136 pesos de la herencia de su madre. La disputa llevó a que don Pedro José y la viuda de don Tomás se enzarzaran en un pleito, que las autoridades locales zanjaron a favor de ella.¹⁰⁵

A esas dificultades se añaden otras que saltan a la luz en la escritura de venta de Flor de Damas. En el marco de dicha transacción, don Pedro José afirmó que esas tierras estaban en arriendo y que se iban “amontando y llenando de malezas”.¹⁰⁶ Varios testigos corroboraron el mal estado y la falta de aprovechamiento de la propiedad, alguna vez dedicada a la ganadería. Señalaron, además, que los descendientes de doña Manuela Becerra no estaban en capacidad de adelantar las mejoras necesarias para garantizar la productividad de Flor de Damas, fundamental para generar réditos que debían destinarse a una fiesta en honor a san Antonio de Padua, cargada sobre la propiedad.¹⁰⁷ Por lo tanto, eran tierras improductivas y desvalorizadas.

(1810-1815)”, Juan Bosco Amores Carredano (ed.), *Las independencias iberoamericanas: ¿un proceso imaginado?*, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 2009, pp. 79-84.

¹⁰² AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 47, 1809, ff. 76r-76v; AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 49, 1811, f. 129v; AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 50, 1812, f. 115v; AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 50, 1812, f. 156v; AHC, *Judicial-Colonia, Alcalde Ordinario – Mortuorias*, caja 30, carpeta 8, ff. 22r-22v. La forma en la que fue clasificado en documentos anteriores y posteriores a esa etapa indica que don José María estuvo avecindado en el Chocó.

¹⁰³ Cartago, parroquia de San Jorge, libro de defunciones, 1807-1813, f. 89r.

¹⁰⁴ Afirmó: “Pues hermano mio, yo no tengo otra forma de pagarle si no es con mi persona pues me aio sumamente atrasado y cargado de muchos yjos y asi no me buelba a proponer de cobro ninguno”. AHC, *Judicial-Colonia, Alcalde Ordinario – Mortuorias*, caja 27, carpeta 5, f. 79r.

¹⁰⁵ AHC, *Judicial-Colonia, Alcalde Ordinario – Mortuorias*, caja 27, carpeta 5, ff. 62-91r.

¹⁰⁶ AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 47, 1809, f. 63r.

¹⁰⁷ AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 47, 1809, ff. 64v-69v. Doña Manuela mandó en su testamento que sobre Flor de Damas se fundase un censo perpetuo de 500 pesos “a favor del glorioso // señor san Antonio para que con su redito se le hiciese fiesta anual”. AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 47, 1809, ff. 56v-57r.

El padre de doña Gertrudis también parece haber tenido dificultades. A pesar de que recibió en torno a 232 pesos por la venta de Flor de Damas,¹⁰⁸ el 9 de noviembre de 1809, nueve días después de esa transacción, don José María se constituyó en censuario de los 200 pesos y 3 reales que su tío don Pedro José acababa de consignar en un juzgado a favor de la fiesta de san Antonio de Padua.¹⁰⁹ Por entonces, los Álvarez del Pino y Martínez de Caso aún eran dueños de las minas de La Soledad, así que posiblemente necesitaban dinero para fortalecer su explotación. Para comienzos del siglo XIX, la actividad minera en zonas de influencia de Popayán había decrecido, al igual que la población esclava, lo cual llevó a muchos propietarios a invertir para reactivar la producción.¹¹⁰ Años después, don José María indicó que su situación era difícil. En 1814, ya sin esas minas, le escribió a una vecina de Cartago para cobrarle dinero que le había prestado. Se excusó y afirmó hallarse “necesitado”.¹¹¹

La muerte de don José María, cuya partida de defunción fue firmada en Nóvita el 12 de abril de 1820,¹¹² quizá terminó por debilitar los proyectos de la familia de la Peña y Velasco en Cartago. Cabe pensar que, al notar la crisis en esta ciudad, don José Joaquín, quien iba allá adonde fuera necesario para salvaguardar los intereses de su familia, decidiera regresar a Popayán, ciudad en la que él, doña María Manuela y doña María Josefa adelantaron trámites a comienzos de la década de 1820.¹¹³ Dado que en esta época doña Gertrudis era apenas una niña, probablemente también se trasladó con su madre a Popayán.¹¹⁴ Esta era la ciudad originaria de la familia y allí había propiedades, una de las cuales estaba involucrada en un litigio que hacía indispensable la presencia de don José Joaquín y doña María Manuela.

¹⁰⁸ De los 4.000 pesos pagados por el comprador, los Álvarez del Pino y Lozano recibieron 3.800 pesos (2.000 en doblones de a dieciséis y 1.800 en pesos fuertes). El comprador consignó por aparte, ante el juzgado a cargo de recibir el dinero de la venta, 200 pesos y 3 reales, correspondientes a la fiesta de san Antonio. Después del pago de impuestos (76 pesos a razón de 2 % de alcabala) y de las costas del proceso (cinco pesos, dos y tres cuartillos reales), la cantidad que se repartieron las cuatro ramas fue de un poco menos de 3.719 pesos, alrededor de 929 pesos para cada una. AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 47, 1809, ff. 77v-78r, 100r. Si don José María y sus tres hermanos se repartieron esa cantidad a partes iguales, cada uno recibió 232,43 pesos.

¹⁰⁹ AHC, *Notaría 1ª, Cartago*, t. 47, 1809, ff. 98r-102r.

¹¹⁰ Sobre disminución de la producción y estrategias para su reactivación, véase James Vladimir Torres, “El comportamiento de los precios en una economía preindustrial: Popayán, virreinato de Nueva Granada, 1706-1819”, *Cuadernos de Economía* 34 (66), 2015, pp. 655-657; acerca del declive de la población esclava, William F. Sharp, “The Profitability of Slavery in the Colombian Chocó, 1680-1810”, *The Hispanic American Historical Review* 55 (3), 1975, pp. 470-471.

¹¹¹ AHC, Judicial-Colonia, *Alcalde Ordinario – Mortuorias*, caja 30, carpeta 8, f. 57r.

¹¹² Nóvita, parroquia de San Jerónimo, libro de defunciones, 1720-1910, ff. 47v-48r. Allí figura que “fue casado y velado con d[on]a Josefa Peña”.

¹¹³ Estas actuaciones están, respectivamente, en ACC, *Notaría 1ª, Popayán*, t. 78, 1819-1823 (1822 [1]), ff. 20v-21r; ACC, *Notaría 1ª, Popayán*, t. 79, 1824-1825 (1825 [5]), ff. 10v-11v; ACC, sig. 5428, Independencia, *Eclesiástico I – 14 Diezmos*, ff. 14r-39r. Todos aparecen registrados como vecinos de Popayán.

¹¹⁴ Es llamativo que una mujer de la posición de doña Gertrudis no se hubiera casado (Martha Lux, comunicación personal, enero de 2023). El hecho de que las dificultades y el comienzo de una nueva vida en Popayán coincidieran con la época en la que doña Gertrudis tendría que haberse casado (habría cumplido dieciséis años en 1825) probablemente trastocó planes matrimoniales, lo cual es significativo con respecto a la escasez de actos jurídicos relacionados con ella en esa ciudad. De haberse casado, habría quedado evidencia, por ejemplo, de una dote o de la donación de propiedades por parte de su familia. Doña Gertrudis no tenía bienes a su nombre, así que había pocas posibilidades de que ella efectuara alguna compraventa hasta después de cierta edad, cuando comenzó a heredar las propiedades de su familia o a hacer transacciones con sus tías.

Don José Joaquín había sido rematador de diezmos del curato de Caldone, al norte de la ciudad de Popayán, para los años 1800 y 1801. En 1823, las autoridades eclesiásticas exigieron a de la Peña cantidades derivadas del cobro de ese impuesto, supuestamente adeudadas. Además, buscaron embargar sus bienes y los de la mortuoria de quien había actuado como fiador, don Ignacio Alonso de Velasco y Velasco, su suegro. Después de comprobar que los bienes de don Ignacio no eran susceptibles de embargo, se enfocaron en la única propiedad de don José Joaquín con cuyo remate podría cubrirse lo adeudado: las tierras de Piendamó.¹¹⁵ Pese a los esfuerzos de las autoridades eclesiásticas, esas tierras no fueron rematadas, con todo y que el 22 de noviembre de 1831 la corte de apelaciones del departamento del Cauca sentenció que debían cubrir el dinero del remate de diezmos (625 pesos), la dote de doña María Manuela (488 pesos), 600 pesos tomados a censo en 1799 y 500 pesos relacionados con la fianza que Manuela Paredes dio a don José Joaquín en 1801.¹¹⁶

Durante los años de ese prolongado litigio, del que salieron victoriosos, los de la Peña y Velasco lograron certificar su nobleza. En 1826, doña María Manuela presentó, ante un alcalde municipal de Popayán, evidencia para acreditar “la posesión de nobleza” en la que ella y su esposo se habían hallado, sobre lo cual un escribano local emitió certificado.¹¹⁷ Aunque sería arriesgado sugerir las razones por las cuales tal solicitud fue elevada en ese momento, no puede omitirse que, con la muerte del esposo de doña María Josefa, la relación con los círculos nobles de Cartago y el Chocó podía diluirse. En ese escenario, cobra sentido que la familia se propusiera acreditar su nobleza. En cualquier caso, la obtención del certificado se debió a que los años en Cartago habían afinado la calidad de la familia. En una época en la que títulos y distinciones estaban siendo abolidos, esa concesión revela la importancia que en ciertos ámbitos aún se atribuía a la nobleza y a su ratificación.

Cabe resaltar que, en esta fase, los de la Peña y Velasco siguieron conectados con Cartago, como queda en evidencia en una carta enviada desde Quito por don José Joaquín, a finales de 1824, a don Joaquín Pérez, con cuñado suyo. En su escrito, cuando indicó los bienes con los que podía cubrir la deuda de diezmos y evitar el remate de las tierras de Piendamó, aludió a dineros disponibles en Cartago. Primero, mencionó los réditos de Anacaro, vencidos desde 1815, pero preservados por un oficial de esa ciudad. Segundo, dijo que podía ir a recibir “algo mas de veinte mil p[eso]s del finado [...] d[octo]r d[o]n Juan Antonio Lopez Ospina”,¹¹⁸ quizá en referencia a los réditos de la capellanía fundada por este clérigo. Estos señalamientos, que recuerdan el modo en el que la familia acudió a dineros obtenidos en

¹¹⁵ ACC, sig. 5428, Independencia, *Eclesiástico I – 14 Diezmos*, ff. 1r-81r.

¹¹⁶ ACC, sig. 5886, Independencia, *Judicial I – 14 Civil*, ff. 6v-7r.

¹¹⁷ Miguel Wenceslao Quintero Guzmán, *Linajes del Cauca Grande*, t. I, pp. 477-478. Por entonces, los alcaldes municipales tenían atribuciones judiciales en el ámbito cantonal y podían conocer causas civiles y criminales. “Ley orgánica del poder judicial”, 11 de mayo de 1825, artículos 98, 106, 153, 154, 172. República de Colombia, *Codificación Nacional de todas las leyes de Colombia desde el año de 1821, hecha conforme a la ley 13 de 1912, por la Sala de Negocios Generales del Consejo de Estado* [1924-1933], 34 vols., Imprenta Nacional, Bogotá, t. II (1825 y 1826), 1924, pp. 139-141, 147, 150. Si el aparato judicial virreinal hubiera estado vigente, el trámite habría tenido que adelantarse ante una audiencia. Es llamativo que este tipo de certificado haya sido emitido, pues la Constitución de 1821, en su artículo 181, había extinguido títulos y había prohibido “conceder otro alguno de nobleza, honores ó distinciones hereditarias”. *Constitución de la República de Colombia*, Bruno Espinosa, Impresor del Gobierno General, Cúcuta, 1821, pp. 60-61.

¹¹⁸ ACC, sig. 5428, Independencia, *Eclesiástico I – 14 Diezmos*, 11r-12r. Don José Joaquín no precisó por qué los réditos estaban vencidos.

Popayán al trasladarse a Cartago, sugieren que las redes en las que se movían los de la Peña y Velasco tendían a permanecer activas no obstante la distancia o el paso del tiempo. Tener una red de parientes y posesiones a escala regional podía resultar de gran utilidad, pues las crisis en un sitio impactaban menos si se reactivaban los contactos y las rentas en otro.

Los últimos registros identificados acerca de las actividades de la familia están asociados con las tierras de Piendamó. En 1850, a raíz de que el capellán que se beneficiaba de un principal de 600 pesos gravado sobre la propiedad reclamó los réditos que le correspondían, se dictó una nueva sentencia. Para comenzar, el juez estableció que las tierras habían seguido en manos de los de la Peña y Velasco hasta 1837, cuando doña María Manuela las vendió al coronel José Lindo, un yerno suyo, quien debía pagarle a razón de un 3 % anual de rédito por los 1.000 pesos en que se pactó la venta.¹¹⁹ Además, ordenó que los créditos que afectaban la propiedad debían ser pagados en este orden: el valor de unas mejoras exigido por los herederos de Lindo, el principal de 600 pesos (tomado por don José Joaquín en 1799), junto con sus réditos, y los 1.000 pesos en que fueron vendidas las tierras, más sus réditos, a las herederas de doña María Manuela: “Ana María, Gertrudis y Matilde Peña”. Aquí, doña Gertrudis, cuya madre había muerto por 1835, aparece acompañada de dos tías. La sentencia desconoció los 500 pesos que don José Joaquín le debía a Manuela Paredes por cuenta de una fianza.¹²⁰

No es mucho más lo que se ha hallado sobre doña Gertrudis en Popayán. Además del poder de 1836, mencionado al comienzo, otros documentos muestran que las actuaciones junto con sus tías, como el caso de las tierras de Piendamó, fueron habituales. Por ejemplo, doña Ana María de la Peña y doña Gertrudis Pino y Peña firmaron en 1850 una escritura mediante la cual se comprometieron a reconocer un principal de 2.000 pesos y sus réditos a favor de don Vicente Holguín, vecino de Cali. El principal estaba cargado sobre una casa que ellas habían comprado en el barrio San Francisco de Popayán.¹²¹

La forma en la que aparece en los documentos lleva a plantear una última reflexión: doña Gertrudis usaba los apellidos según la situación. Cuando se presentaba a escriturar documentos relacionados con actuaciones que debían adelantarse por fuera de Popayán o con vecinos de otras ciudades, como el trámite de 1836 y el de 1850, acudía a la fórmula ‘Pino y Peña’. Usaba el ‘Peña’, bien fuera en contextos en los que resaltar la relación con su madre era crucial, como en el caso de las tierras de Piendamó, o bien porque la prolongada residencia en Popayán, al amparo de su familia materna, la había habituado a ello. Por ejemplo, en la partida de matrimonio de su hija, doña Carmen, con don Leonidas Pardo López, en 1871, aparece como “Gertrudis Peña”.¹²²

¹¹⁹ ACC, Índice del Archivo El Carnero (IAEC, en adelante), t. II, n.º 343, ff. 24r-31r; ACC, *Notaría 1ª, Popayán*, t. 88, 1837 (1), ff. 9v-12v.

¹²⁰ ACC, IAEC, t. II, n.º 343, ff. 25r, 29r, 30r-31r. Desde una perspectiva genealógica, es significativo que en estas diligencias se indique explícitamente que Manuela Paredes era la madre de doña María Manuela y que actuó como fiadora de don José Joaquín en 1801, vínculos que también figuran en la documentación de comienzos del siglo XIX relativa a la familia. Es de anotar que ninguna de las hijas de don José Joaquín y doña María Manuela ni ninguna otra de sus nietas se llamaba Gertrudis.

¹²¹ ACC, *Notaría 1ª, Popayán*, t. 103, 1850 (1), ff. 6v-13r.

¹²² AHEAP, parroquia de San José, Popayán, libro de matrimonios n.º 7, f. 79 (código III-009).

Conclusiones

La complejidad de las formas de clasificación social en la Colonia y la importancia de la estimación pública en la configuración de la calidad aconsejan circunscribir el estudio de la nobleza a ámbitos concretos, en especial si se trata del siglo XVIII, cuando se habían ampliado las posibilidades para ser considerado noble. Análisis detallados sobre linajes, grupos y poblados específicos permiten dimensionar cómo ciertas personas modulaban los atributos que confluían en su calidad, así como los mecanismos de inclusión y exclusión desplegados por los círculos nobles en los que buscaban encajar. El análisis de los entornos de los que surgió doña Gertrudis Pino y Peña permite vislumbrar algunas facetas de esos fenómenos, pues muestra el modo en el que la calidad noble podía fortalecerse o debilitarse en función de cómo era valorada en diferentes ámbitos de la gobernación de Popayán, en los cuales la nobleza constituía un parámetro central de diferenciación social en la Colonia tardía.

Los de la Peña y Velasco, la familia materna de doña Gertrudis, interactuaron en Cartago con conocidos y parientes nobles a lo largo de un período que ronda los doce años, lo cual les permitió fortalecer su calidad noble, desgastada porque don José Joaquín de la Peña y Cobo y doña María Manuela Alonso de Velasco y Paredes, cabezas de esa familia y nobles por vía paterna, habían vivido en Popayán más que todo en círculos carentes de nobleza y colmados de uniones ilegítimas. La consolidación de su nobleza se debió, en parte, a que la familia vivía en Cartago con relativa holgura, gracias a dineros derivados de censos y de capellanías fundadas por parientes. Ante todo, lograr que su calidad fuera leída de un modo distinto a como era valorada en Popayán se debió a la conexión de don José Joaquín con un linaje noble antiguo, los Vivas Sedano, común con parientes de Cartago, Cali, Buga, Nóvita y Tadó. Esa relación permitió a los de la Peña y Velasco mostrarse como integrantes de un tronco noble, en gran parte porque los vínculos de sangre eran requisito indispensable para que don José María de la Peña y Velasco, hijo de don José Joaquín y doña María Manuela, pudiera beneficiarse de una capellanía fundada por un vástago de ese linaje, con la cual sufragaba su formación sacerdotal. La dinámica de los de la Peña y Velasco en torno a las capellanías muestra que esas fundaciones fueron un motor de movilidad geográfica para capellanes y familias que buscaban subsistir y afianzar vínculos con círculos nobles consolidados.

La aventura en Cartago, iniciada en 1807, fue diluyéndose casi al tiempo que comenzó: a las crisis familiares que venían del siglo XVIII se sumaron la venta de las minas de La Soledad y la de Flor de Damas, la muerte de don José María Álvarez del Pino y Martínez de Caso, así como el litigio sobre las tierras de Piendamó, hechos que probablemente se combinaron para que los de la Peña y Velasco terminaran regresando a su ciudad de origen, Popayán, con doña Gertrudis incluida, alrededor de 1820. En Popayán, donde la familia de la Peña y Velasco terminó avecindándose definitivamente, también existían propiedades y estrechos lazos familiares. Además, fue allí donde la familia terminó cristalizando el reconocimiento y los lazos forjados en Cartago, pues logró acreditar su nobleza en posesión, en 1826.

Ese movimiento entre ciudades sugiere que, durante la Colonia tardía, familias nobles en declive que buscaban afianzar su calidad podían desplegar estrategias de amplia proyección territorial, como la activación de redes en lugares diferentes al de su residencia y el traslado a sitios donde pudieran recalar para acrecentar su fortuna y mejorar su posición. El hecho de

que una familia noble que no era terrateniente, comerciante ni minera estuviera valiéndose de sus redes familiares para moverse entre distintos poblados de la gobernación de Popayán con el fin de afianzar su nobleza y subsistir problematiza los presupuestos sobre las dinámicas de las capas altas de la sociedad criolla que habitó en esa jurisdicción.

Si bien suele reconocerse la amplia influencia de familias pertenecientes a sectores privilegiados sobre el territorio de la gobernación de Popayán y el Chocó, al caracterizarlas con algún nivel de detalle es posible apreciar que su influencia sobre el espacio no necesariamente equivalía al ejercicio de un poder omnímodo sobre lugares, recursos y pobladores. Síntoma de ello es que, dentro de una misma jurisdicción administrativa, como la gobernación de Popayán, se podía ser considerado noble en un poblado, pero en otro, no.

Debido a que de forma predominante la nobleza ha sido caracterizada a partir del análisis del poder político y económico de las capas más altas de la sociedad criolla o de la configuración territorial que de ellas dependió, tiende a pensarse que los nobles constituyeron un grupo homogéneo, no obstante sus conflictos internos, y relativamente uniforme en materia de privilegios. Al cambiar de escala, sobresale que entre quienes hacían parte de la nobleza existían diferencias en términos de posición, riqueza y calidad, por lo que cambiar de lugar de residencia era central para subsistir y reconfigurar la forma en la que eran vistos por otros, situación en la cual era crucial conocer la ubicación de parientes, así como las conexiones con distintos antepasados. Tal información hacía parte de la cotidianidad y era fundamental en la creación de coordenadas geográficas que permitían migrar, activar relaciones y subsistir.

Cambiar de entorno no solamente fue útil para afinar la nobleza, pues durante la Colonia acompañó otros propósitos. Por ejemplo, los Álvarez del Pino habían vivido entre Cartago y el Chocó, donde varios formaron familia, como don José Álvarez del Pino y Lozano, quien fue oficial y dueño de minas y esclavos en esa región, y se casó allí con doña Juana María Martínez de Caso y Murillo. Los Marlez y Velasco, oriundos de Popayán, también fueron migrantes. La carrera eclesiástica de don Antonio condujo a que su madre y sus hermanas se instalaran a comienzos del siglo XIX en Cartago, donde una sobrina de él, doña Leonor Díaz de Lucena y Marlez, formó familia con don Fernando Martínez de Caso y Murillo. Estos casos muestran que la migración fue crucial para la configuración de la familia, la consolidación de carreras profesionales y la salvaguarda de la economía doméstica.

Por último, explicar el origen de doña Gertrudis permite entender su poca figuración en los archivos de Popayán. Si se busca allí, quizá la información no sea tan completa como si se indaga en Cartago, Cali, Tadó y Nóvita, pues sus entornos familiares tenían una vida regional y no se circunscribían a un único asentamiento. En Popayán, doña Gertrudis estuvo al amparo de su familia materna y no se vio en la necesidad de efectuar trámites que generaran documentos hasta que murieron su madre y sus abuelos. Además, es fácil perder de vista su conexión con los Álvarez del Pino, dada la prolongada residencia de su abuelo y su padre en el Chocó, que torna ardua la tarea de rastrearlos en documentos producidos en Cartago. La manera en la que ella usaba los apellidos (‘Pino y Peña’ y ‘Peña’) puede añadir confusión. Queda pendiente estudiar la vida de doña Gertrudis, que apenas se intuye, pues ella no es la protagonista de la documentación analizada, aunque esta permita reconstruir sus orígenes.

Bibliografía

A. Archivos

1. Archivo Central del Cauca (ACC), Popayán (preservado en el Centro de Investigaciones Históricas José María Arboleda Llorente de la Universidad del Cauca)

- a. Fondo Cabildo

Libro capitular, Popayán, 1764-1765

- b. Fondo Notarías

Notaría 1ª, Popayán: t. 26, 1726-1728; t. 30, 1736-1739; t. 39, 1760-1761; t. 48, 1776-1777; t. 57, 1790-1791; t. 64, 1799; t. 66, 1801; t. 67, 1802; t. 72, 1807; t. 78, 1819-1823; t. 79, 1824-1825; t. 87, 1836; t. 88, 1837; t. 103, 1850

- c. Sección Colonia

Civil III – 23 Encomiendas: sig. 8347

Civil IV – 7 Fundición y Casa de Moneda: sig. 12599

Judicial II – 18 Sucesiones: sig. 10377

- d. Sección Independencia

Civil II – 1 Contaduría Provincial: sig. 2772

Eclesiástico I – 14 Diezmos: sig. 5428

Judicial I – 14 Civil: sig. 5886

- e. Índice del Archivo El Carnero, Gobernación de Popayán, t. II

2. Archivo General de la Nación (AGN), Bogotá

- a. Sección Colonia

Curas y Obispos 21: legajo 38, documento 1; legajo 51, documento 38

Fincas – Antioquia, Magdalena, Santander y Tolima 27: legajo 1, documento 18

Negros y Esclavos – Cauca 43: legajo 1, documento 11; legajo 2, documento 20

3. Archivo Histórico de Cartago (AHC)

- a. Fondo Notarial

Notaría 1ª, Cartago: t. 29, 1774-1775; t. 30, 1776-1777; t. 39, 1794-1795; t. 41, 1798-1799; t. 44, 1804-1805; t. 45, 1805-1806; t. 46, 1807-1808; t. 47, 1809; t. 48, 1810; t. 49, 1811; t. 50, 1812; t. 51, 1813-1814; t. 52, 1815-1816

- b. Fondo Judicial-Colonia

Alcalde Ordinario – Mortuorias: caja 14, carpeta 9; caja 27, carpeta 5; caja 30, carpeta 8

4. Archivo Histórico de la Arquidiócesis de Bogotá
 - a. Parroquia de Nuestra Señora de las Nieves: libro defunciones n.º 7
5. Archivo Histórico Eclesiástico de la Arquidiócesis de Popayán (AHEAP)
 - a. Legajos 22, 519, 794, 1017, 2070, 5166, 6164, 7408, 8126
 - b. Parroquia de San José: libro de matrimonios n.º 7
6. Archivo Histórico Judicial de Cali (AHJC)
 - a. *Judicial*, Tribunal: caja 118, legajo 3
7. Arquidiócesis de Cali
 - a. Parroquia de San Pedro (la catedral), Cali: libro de bautismos, 1804 (diciembre) – 1811 (febrero); libro de defunciones, 19 de julio de 1864 – 28 de noviembre de 1868
8. Notaría de Caloto
 - a. Protocolos notariales, 1801-1803
9. Parroquia de San Jorge, Cartago
 - a. Libros de bautismos: 1725-1739; 1755-1779; 1807-1812; 1813 (octubre) – 1818 (diciembre)
 - b. Libro de casamientos, 1806-1849
 - c. Libro de defunciones, 1807-1813
10. Parroquia de San Jerónimo, Nóvita
 - a. Libro de bautismos, 1793-1808, 1808-1841
<https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:33S7-95JH-9HDX?cc=1726975>
(consultado el 29 de agosto de 2022).
 - b. Libro de defunciones, 1720-1910
<https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:33SQ-G5JM-633?wc=C2X6-2NL%3A1044033101%2C1044097301%2C1044097302%2C1044107701&cc=172697>
(consultado el 27 de octubre de 2022).

11. Parroquia de San José de Tadó

a. Libro de bautismos, 1791-1898

<https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:33SQ-G5JJ-PWL?cc=1726975>

(consultado el 1º de septiembre de 2022).

B. Fuentes primarias impresas

Constitución de la República de Colombia, Bruno Espinosa, Impresor del Gobierno General, Cúcuta, 1821.

República de Colombia, *Codificación Nacional de todas las leyes de Colombia desde el año de 1821, hecha conforme a la ley 13 de 1912, por la Sala de Negocios Generales del Consejo de Estado* [1924-1933], 34 vols., Imprenta Nacional, Bogotá, t. II (1825 y 1826), 1924.

C. Bibliografía moderna y contemporánea

Aragón, Arcesio, “In memoriam”, *Popayán. Revista Histórica y Científica*, año XII, n.º 150, junio de 1932, p. 230.

Arboleda, Gustavo, *Diccionario biográfico y genealógico del antiguo departamento del Cauca*, Biblioteca Horizontes, Bogotá, 1962 [1910].

Ardila Gutiérrez, Javier Ricardo, Daniel Gutiérrez Ardila y James Vladimir Torres (eds.), *Nobleza e Ilustración: Nuevo Reino de Granada, 1719-1819*, Ediciones Uniandes, Bogotá, 2024 [en prensa].

Beltrán Cristancho, Mauricio, “Una visión sociológica del derecho de familia en Colombia. Radicalismo - 1945”, *Estudios Socio Jurídicos* 10 (2), 2008, pp. 129-158.

Bloch, Marc, *La sociedad feudal*, traducción de Eduardo Ripoll Perelló, Akal, Madrid, 2017 [1968].

Büschges, Christian, “La nobleza de Quito a finales del período colonial (1765-1810): bases jurídicas y mentalidad social”, *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia* 1 (10), 1997, pp. 43-61, doi: <https://doi.org/10.29078/rp.v1i10.378>

Büschges, Christian, “Nobleza y estructura estamental entre concepto y realidad social. El caso de la Ciudad de Quito y su región (1765-1810)”, *Anuario de Historia de América Latina* 33, 1996, pp. 165-186.

Colmenares, Germán, *Cali: terratenientes, mineros y comerciantes*, Universidad del Valle, Cali, 1975.

Colmenares, Germán, *Historia económica y social de Colombia II. Popayán, una sociedad esclavista*, Tercer Mundo Editores / Universidad del Valle / Colciencias / Banco de la República, Bogotá, 1997 [1979].

- Colmenares, Germán, “Popayán: Continuidad y discontinuidad regionales en la época de la Independencia”, Reinhard Liehr (ed.), *América Latina en la época de Simón Bolívar. La formación de las economías nacionales y los intereses económicos europeos 1800-1850*, Colloquium Verlag, Berlín, 1989, pp. 157-181.
- Díaz Boada, Lina Constanza, “Alianzas de poder en una región histórica: el caso de la élite pamplonesa en el Virreinato de la Nueva Granada, 1795-1808”, *Historiela. Revista de Historia Regional y Local* 8 (15), 2016, pp. 90-128, doi: <http://dx.doi.org/10.15446/historiela.v8n15.48739>
- Felices de la Fuente, María del Mar, “Recompensar servicios con honores: el crecimiento de la nobleza titulada en los reinados de Felipe IV y Carlos II”, *Studia Historica. Historia Moderna* 35, 2013, pp. 409-435, doi: <http://dx.doi.org/10.14201/shhmo201335409435>
- García Borrero, Joaquín, *Neiva en el siglo XVII*, Editorial ABC, Bogotá, 1939.
- Garrido, Margarita, “Estudio introductorio”, Miguel Wenceslao Quintero Guzmán, *Linajes del Cauca Grande. Fuentes para la historia*, 3 vols., Ediciones Uniandes, Bogotá, 2006, t. I, pp. XXIII-XLVIII.
- Garrido, Margarita, “La vida cotidiana y pública en las ciudades coloniales”, Beatriz Castro Carvajal (ed.), *Historia de la vida cotidiana en Colombia*, Editorial Norma, Cali, 1996, pp. 155-189.
- González Martínez, Nelson Fernando, “‘Allí donde no hubiere Correos Mayores’: la circulación de correspondencia en el Nuevo Reino de Granada (1680-1764)”, Nelson Fernando González Martínez, Ricardo Uribe y Diana Bonnett Vélez (eds.), *Comunicación, objetos y mercancías en el Nuevo Reino de Granada Estudios de producción y circulación*, Ediciones Uniandes, 2017, pp. 13-58.
- Gutiérrez Ardila, Daniel, “Una provincia contra su gobernador. La pugna de los vecinos de Nóvita contra el capitán Juan de Aguirre (1809-1810)”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea], 2010, doi: <https://doi.org/10.4000/nuevomundo.59707>
- Herrera Ángel, Marta, *Popayán: la unidad de lo diverso. Territorio, población y poblamiento en la provincia de Popayán, siglo XVIII*, Ediciones Uniandes, Bogotá, 2009.
- Herzog, Tamar, “La vecindad: entre condición formal y negociación continua. Reflexiones en torno a las categorías sociales y las redes personales”, *Anuario del Instituto de Estudios Histórico-Sociales* 15, 2000, pp. 123-131.
- Imízcoz Beunza, José María, “Familia y redes sociales en la España Moderna”, Francisco Javier Lorenzo Pinar (ed.), *La familia en la historia*, Ediciones Universidad de Salamanca, Salamanca, 2009, pp. 135-186.
- Imízcoz Beunza, José María, “Parentesco, amistad y patronazgo. La economía de las relaciones familiares en la hora navarra del XVIII”, Cayetano Fernández y Antonio Moreno (eds.), *Familia y cambio social en Navarra y País Vasco, siglos XIII-XX*, Instituto de Ciencias para la Familia, Pamplona, 2003, pp. 165-216.

Instituto Geográfico Agustín Codazzi, *Atlas básico de Colombia*, Instituto Geográfico Agustín Codazzi, Bogotá, 1996.

Instituto Geográfico Agustín Codazzi, departamento del Chocó, 2017, https://geoportal.igac.gov.co/sites/geoportal.igac.gov.co/files/geoportal/fisico_politicos/2017/CHOCO.pdf (consultado el 17 de noviembre de 2023).

Jaramillo Mejía, William (dir.), *Real Colegio Mayor y Seminario de San Bartolomé. Nobleza e hidalguía. Colegiales de 1605 a 1820*, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, Bogotá, 1996.

Jaramillo Uribe, Jaime, “Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVIII”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 3, 1965, pp. 21-48.

Lira Montt, Luis, “La nobleza y el comercio en Indias”, *Hidalguía* 292-293, 2002, pp. 597-615.

Lira Montt, Luis, “La prueba de hidalguía en el derecho indiano”, *Hidalguía* 140, 1977, pp. 131-152.

Lira Montt, Luis, “Los beneméritos de Indias y la gestación de la nobleza en América”, *Hidalguía* 268-269, 1998, pp. 497-516.

Lira Montt, Luis, “Privilegio de nobleza a la profesión de la minería en Indias”, *Hidalguía* 124, 1974, pp. 309-328.

Machuca Gallegos, Laura Olivia, “Entre Yucatán y Nueva Granada: dos espacios conectados por Benito Pérez Valdelomar, 1811-1813”, *Historia Crítica* 70, 2018, pp. 87-107, doi: <https://doi.org/10.7440/histcrit70.2018.05>

Marulanda Restrepo, Juan Sebastián, “La ‘economía espiritual’ en Antioquia. Las funciones de las capellanías entre los siglos XVII-XVIII”, *Historiela. Revista de Historia Regional y Local* 5 (9), 2013, pp. 12-41.

Marzahl, Peter, *Town in the Empire. Government, Politics, and Society in Seventeenth-Century Popayán*, University of Texas Press, Austin, 1978.

McFarlane, Anthony, “Hacia la independencia colombiana: la época de la ‘Primera Republica’ en la Nueva Granada (1810-1815)”, Juan Bosco Amores Carredano (ed.), *Las independencias iberoamericanas: ¿un proceso imaginado?*, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 2009, pp. 61-88.

Mercado, Jorge, *Campaña de invasión del Teniente General don Pablo Morillo, 1815-1816*, Editorial Iris, Bogotá, 1963 [1918].

Montoya Durana, María José, “Eugenio de Alvarado: itinerario de un ‘noble meritorio’, 1715-1780”, Javier Ricardo Ardila Gutiérrez, Daniel Gutiérrez Ardila y James Vladimir Torres (eds.), *Nobleza e Ilustración: Nuevo Reino de Granada, 1719-1819*, Ediciones Uniandes, Bogotá, 2024 [en prensa].

- Migden Socolow, Susan, “Parejas bien constituidas: la elección matrimonial en la Argentina colonial, 1778-1810”, *Anuario del Instituto de Estudios Histórico-Sociales* 5, 1990, pp. 133-160.
- Pérez Pérez, María Cristina, *Circulación de imágenes religiosas en el Nuevo Reino de Granada, siglos XVI-XVIII*, Ediciones Uniandes, Bogotá, 2016.
- Quintanilla Raso, María Concepción, “La nobleza señorial en el reinado de Alfonso X. Constitución y representación”, *Alcanate. Revista de Estudios Alfonsíes* IX, 2014-2015, pp. 137-175.
- Quintero Guzmán, Miguel Wenceslao, *Linajes del Cauca Grande. Fuentes para la historia*, 3 vols., Ediciones Uniandes, Bogotá, 2006.
- Rappaport, Joanne, *El mestizo evanescente. Configuración de la diferencia en el Nuevo Reino de Granada*, traducción de Santiago Paredes Cisneros, Editorial Universidad del Rosario, Bogotá, 2018 [2014].
- Ripoll Echavarría, María Teresa, “La nobleza dieciochesca en el Caribe neogranadino”, *Boletín de Historia y Antigüedades* 109 (875), 2022, 17-51.
- Saavedra, Juan José, *La demolición de las estatuas*, Feriva, Cali, 2003.
- Sharp, William F., “The Profitability of Slavery in the Colombian Chocó, 1680-1810”, *The Hispanic American Historical Review* 55 (3), 1975, pp. 468-495.
- Silva, Renán, *Los ilustrados de Nueva Granada, 1760-1808. Genealogía de una comunidad de interpretación*, Banco de la República / Fondo Editorial Universidad EAFIT, Medellín, 2002.
- Soria Mesa, Enrique, *La nobleza en la España moderna. Cambio y continuidad*, Marcial Pons, Madrid, 2007.
- Torres, James Vladimir, “El comportamiento de los precios en una economía preindustrial: Popayán, virreinato de Nueva Granada, 1706-1819”, *Cuadernos de Economía* 34 (66), 2015, pp. 629-680.
- Torres Moreno, James Vladimir, “Entre el oro y la plata: Quito, el suroccidente de la Nueva Granada y el movimiento de mercancías norandino a fines del siglo XVIII”, *Colonial Latin American Review* 27 (1), 2018, pp. 114-139, doi: <https://doi.org/10.1080/10609164.2018.1448540>
- Valencia, Guillermo, “Carmen P. de Pardo”, *Popayán. Revista Histórica y Científica*, año XII, n.º 150, junio de 1932, pp. 229-230.
- Valencia Llano, Alonso, *La confrontación regional en el proceso de independencia del Suroccidente colombiano*, Editorial Universidad del Valle, Cali, 2010.
- Zawadzky, Alfonso, *Las ciudades confederadas del valle del Cauca en 1811. Historia – Actas – Documentos*, Imprenta Bolivariana, Cali, 1943.
- Zuluaga Ramírez, Francisco, *Cartago: la ciudad en los confines del Valle*, Editorial Universidad del Valle, Cali, 2007.